

BIBLIOTECA DE AMÉRICA

DOS PERLAS LITERARIAS AMERICANAS

MEMORIAS

DE

UN BOTÓN DE ROSA

SOLEDAD

NOVELAS AMERICANAS

POR

BARTOLOMÉ MITRE

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO DE PEDRO PABLO FIGUEROA



1907

BUENOS AIRES



Lermon 19-2-31

OFRENDA

Á LAS DISTINGUIDAS SEÑORAS
DELFINA MITRE DE DRAGO
Y
JOSEFINA MITRE DE CAPRILE
Y SEÑOR
EMILIO MITRE
HEREDEROS DE LA GLORIA IMPERECEDERA
DEL ILUSTRE ESCRITOR
General Don Bartolomé Mitre

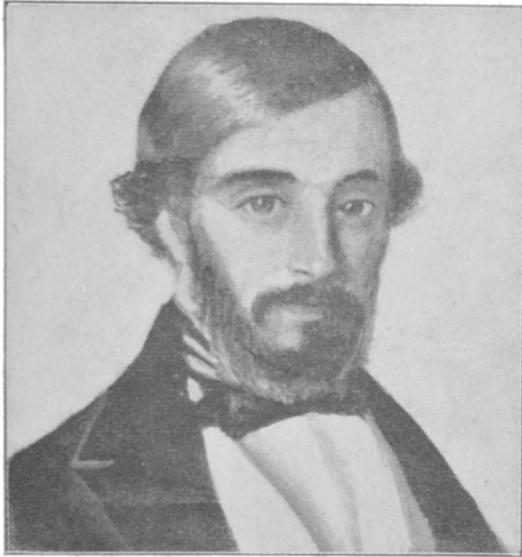
HOMENAJE DE SU AITO. Y S. S.
PEDRO PABLO FIGUEROA

Buenos Aires, Junio 26 de 1907.

D. Bartolomé Mitre

Poeta y Novelista

•



Genl. Bartolomé Mitre
En 1848

OFRENDA



I.

La brillante y gloriosa personalidad literaria del ilustre general D. Bartolomé Mitre, tiene todos los atractivos del genio y de la leyenda heroica.

Su juventud se desenvuelve en un período de luchas y agitaciones épicas por la libertad de su patria.

El destierro, la vida errante y de los combates, la proscripción en países lejanos, por desiertos y mares, lo llevan en pos de un ideal de paz y de estudio que lo caracteriza como poeta y como pensador.

Todas las emociones y perspectivas intensas del alma que anhela y sueña una vida de deber y sacrificios, se agrupan tumultuosas en su mente y en su corazón de guerrero y de poeta en el ostracismo.

Este es el poema más bello de su tradicional carrera de escritor en América.

Cruza las pampas y el Plata caudaloso y va á Montevideo á combatir por la redención de su suelo amado y nativo como soldado y periodista, es decir, escribiendo, con la espada y la pluma, los primeros cantos de su odisea de héroe y de pensador.

Allí esgrime, á la vez, esas dos luminosas armas de acero en las batallas y en el periodismo, siendo un vindicador nacionalista en *La Nueva Era*.

En el nombre de los periódicos que levanta en el cabo de su pluma como banderas de propaganda y preconización civilizadora, se descubre la predestinación de su vida y el vaticinio de su genio.

Se despierta en el fondo de su sér, en medio de los azares del destierro, el amor que dulcifica todos los dolores y la poesía brota de sus labios como la expresión de su ternura y de su inspiración.

Vencido en la lid de las armas, plega su estandarte de patriota y continúa su destierro á través de las cordilleras andinas, dirigiéndose á las altiplanicies de Bolivia, donde reconstruye su tienda de proscrito y de escritor.

En La Paz funda y escribe el diario *La Epoca*, que es el emblema de su doctrina de misionero de libertad en el continente.

Su espada de soldado destella rayos de luz y de rescate en los campos de Ingaví, y su pluma lleva á la conciencia del pueblo que fundó Bolívar el verbo de la constitucionalidad.

El poema sigue su desarrollo eslabonando episodios dramáticos y sensaciones de arte y poesía.

Al pie del Illimani concibió su novela americana "Soledad", que encierra un tierno idilio de amor.

La naturaleza y las costumbres del paisaje andino le inspiran páginas de cautivante novedad, de encanto, de placer y de ventura íntima.

"Soledad" es la mujer ingénua que busca el ideal que no ha logrado entrever en su juvenil existencia y que se entrega, sin reserva, con todo el

ardor de su sangre tropical, á una pasión de ensueño y de idealidad propia de su naturaleza impresionable.

Es una concepción hermosa y delicada, de emocionante primor de estilo y de pensamiento, rica en joyeles de la fantasía y la sentimentalidad.

A través de sus páginas vivaces y armoniosas, se vislumbra el escritor futuro de grandes y poderosas creaciones.

El poeta y el pensador forjan la novela nueva de la literatura americana, cuando todavía no surgía de nuestra espléndida naturaleza continental el romance deleitoso de “María”, de Isaacs, y “Cu-mandá” de Mera.

Él recuerda en sus primeras páginas á Feuimore Cooper, el original novelista norteamericano, como un tipo intelectual que despierta la crisálida del arte y hace emprender raudo vuelo á la mariposa de la fantasía en la literatura de América.

Según su concepto las obras geniales de la literatura universal son grandes novelas de la humanidad y de la vida.

“¿Qué son — dice — la “Iliada” y la “Eneida”, sinó novelas en verso? ¿Qué son el “Quijote” y el “Gil Blas”? ¿Qué han escrito Rabelais, Rousseau, Cervantes, Richardson, Walter Scott, Cooper, Bulwer, Dickens, Sué sinó novelas? ¿Sus obras no son las primeras en la literatura? ¿Sus nombres no brillan entre los primeros genios? Pues bien; unas son novelas, y los otros son novelistas.”

“Soledad” es la pintura de una mujer de corazón que siente la necesidad de amar, no por deleite pasional, sino por anhelo infinito de dicha suprema.

Mitre la define así: “la heroína de “Soledad” es una mujer que tiene corazón y siente; tiene una inteligencia y piensa, que busca la felicidad en la vida, que es débil como mujer algunas veces, y cuya imaginación se descarria como criatura humana que es. Tal es nuestra novela y tal la heroína de ella.”

En “Soledad”, Mitre refleja faces de su porvenir de escritor.

En sus capítulos recuerda la figura amante y dolorida de la heroína del Dante, Francisca de Rimini, como si anunciase ya la visión del poema que él debía cantar en el transcurso de los años, en su opulenta lengua nativa, en las márgenes del Plata.

Bullía en su imaginación la idea de verter al rico idioma castellano la “Divina Comedia”, que debía ser su labor insuperable de sus postreros días.

Así se une su juventud á sus últimos años de poeta americano.

El pensador profundo, que debía ser legislador y político esclarecido, se destaca en ese romance de amor y de inspiración, cuando señala los rumbos de la organización republicana de los pueblos que se han emancipado del predominio colonial.

Hace decir á sus personajes los principios de cultura democrática que palpitaban en su espíritu, labrando, en el misterio de su sér íntimo, al reformador del porvenir.

II.

Siendo niños obtuvimos su delicado romance “Memorias de un Botón de Rosa”, brillante fantasía tropical de su genio de poeta.

Desde entonces sentimos honda simpatía y admiración por el tierno cantor de las flores, del ideal y del amor.

Más tarde su melodioso cántico “El Inválido” produjo más intensa emoción en nuestro espíritu.

Esta canción tristísima y emocionante de un mutilado de la guerra, que canta sus glorias á la puerta de un templo y que implora una limosna de libertad para su patria, encierra tan dulces ternezas que conmueve las fibras más secretas del alma.

El poeta hace sentir en su poesía la angustia de su corazón de patriota y á través de las lágrimas del guerrero que muestra sus miembros truncos para recordar las conquistas de la libertad, hace desfilar las épocas memorables de la historia americana entre lampos de fuego y de gloria.

El bardo continúa su poema en sus inspiraciones y como el cóndor de los Andes, que él cantó antes que Andrade, “las alas tiende y sube hasta los cielos.”

Sus obras posteriores “El Crucero de la Argentina”, “El General Las Heras”, “Falucho”, son nuevos cantos del poema de su genio y de su vida, que

completa su historia con “Belgrano” y “San Martín.”

Estas dos obras colosales, tan grandes y tan vastas como el genio y el alma de esos héroes gigantes, constituyen el poema de la América gloriosa y redimida.

El genio de San Martín, sin rival en el continente por su grandeza moral, ha sido interpretado y descrito por Mitre con la más excelsa pluma de historiador americano.

El poeta forjó en bloques formidables de rocas de sus montañas este monumento imperecedero del héroe legendario que emancipó con su espada medio continente.

Desde su misteriosa cuna, mecida en las riberas del Ibicuí, sigue el trazo de su vida, en su carrera tradicional de soldado modelo, á través de las batallas en las pampas y en las llanuras, cuando escala los Andes llevando á sus legiones en alas de su poderoso pensamiento de libertador, al cruzar el Océano Pacífico para ir á redimir al Perú y al llegar á Guayaquil á estrechar la mano de Simón Bolívar y ofrendarle sus ejércitos para que corone en Junín la obra de emancipación de América.

III.

Mitre fué un poeta genial en su vida y en sus obras.

Su epopeya legendaria del Paraguay es un canto heroico del poema de su historia.

Su vida de legislador, de tribuno, de ciudadano, de caudillo, de glorificador de su patria y de su raza, es un poema tan grande como los lienzos finales del genio de Miguel Angel.

Poeta, historiador, novelista, orador, periodista, crítico y filólogo, en todas las facetas de su intelectualidad, culmina su genio soberano y cautivante.

“Memorias de un Botón de Rosa”, amena, original é ingeniosa fantasía, forma una novela delicada y artística en la que el poeta se coloca en lugar prominente como literato de imaginación y de buen gusto.

“Soledad” es una inspirada creación en la que fulgura la inspiración del poeta y la delicada idealidad del novelista.

Poeta y pensador de genio completo, cultivó todos los géneros de la literatura con inspiración infinita.

En la poesía lírica, las relaciones históricas, la arenga política — popular y parlamentaria — la crítica literaria y científica, la filología de las lenguas americanas, el periodismo y las traducciones latinas é italianas, con exquisito buen gusto literario, admirable corrección de estilo, su intelectualidad fulguró con erudición extraordinaria y una elevada concepción de los deberes del publicista que lo presenta como un modelo de escritor de recta conciencia en la América.

Militar glorioso, su espada de general segó laureles

inmarcesibles en las batallas del continente sudamericano y de su patria, mas su pluma de escritor ilustre le ha conquistado celebridad universal y renombre perdurable, que más tarde el mármol y el bronce habrán de eternizar para enseñanza de las generaciones. Como ejemplo de laboriosidad literaria, pocos pensadores más constantes en el trabajo intelectual del general Mitre en América y en el Plata, abarcando todas las materias con una seguridad de criterio que dominaba todas las cuestiones, por variadas y complejas que fuesen, aparte del exquisito buen gusto que ponía de relieve en la forma correcta y amena de sus escritos. Sus páginas semejan láminas de bruñido acero por el brillo y la corrección de la forma externa que las peculiariza.

Cuidaba con esmero de la delicadeza de la frase, como un artista que talla con primor la joya en que se cifra su gloria, á la manera de un Benvenuto Cellini de la plasticidad del estilo, como el lapidario que comunica con su pulimento luz y brillantez á las piedras preciosas que engarza en el oro de sus reliquias.

IV.

Estas dos novelas, “Soledad” y “Memorias de un Botón de Rosa”, son las únicas producciones en su género literario que el ilustre escritor compuso en su larga y fecunda vida de publicista.

Como sus poesías, fueron efluvios de su inspiración juvenil y de proscripto.

El alma se abre á la poesía como la flor al rocío de la mañana, en la primera edad, como el amor al beso tierno y seductor, al recibirse el perfume de la primera ilusión en la carrera incierta que comienza con las luchas de la vida mundial.

Mitre cantó en su juventud el amor en sus poesías y en sus romances, alentado por la esperanza de un ideal soñado en el destierro.

Más tarde, cuando el pensador profundo sucedió al poeta, al novelista, al soñador, no compuso ni poesías ni romances.

Cantó, entonces, en la cúspide de su gloria y de su potencialidad intelectual, la gran epopeya de los héroes y de los mártires que habían amado á su patria, á su raza y á la América con amor sin fin.

Absorbido por una labor vehemente de historiador y de filósofo, dejó olvidadas sus páginas de poeta y novelista, que eran melodías de su temprana inspiración y de su lejana juventud. Un día un editor que tenía ideales de artista y de poeta, Carlos Casavalle, recogió en un libro, como en un haz de flores, las “Rimas” del poeta inspirado y melodioso, cantor de los inválidos de la patria que habían levantado su bandera y sus instituciones sobre sus brazos mutilados por la metralla en las batallas de la libertad.

Así nosotros hoy, venimos, á través de los Andes, del Pacífico, á tributar á su memoria el homenaje de

nuestra admiración, colocando sobre su tumba y en el pedestal de su estatua, las primorosas joyas de su talento que él dejó olvidadas en las márgenes del mar de Chile.

Son las gentiles creaciones de su numen de poeta en el ostracismo, concebidas en sus noches de soledad, en sus días de tristeza infinita, en sus horas de supremos anhelos por la patria ausente y dolorida.

Acaso retrataba en ellas la imagen de su tierra nativa, reflejándola en el espejo de su pensamiento para consolarse de sus nostalgias.

Ambas obras son joyas primorosas de la literatura americana, por el encanto y la belleza de su pensamiento y la delicada factura de su forma artística.

El estudio de los caracteres que ha procurado definir, revela en Mitre un ingenio delicado y exquisito, que conoce á fondo el corazón humano y el lenguaje de las pasiones y los sentimientos.

Ningún poeta ni novelista del continente puede exhibir producciones más amenas y galanas en su género literario que estas que Mitre dejó caer como brillantes luminosos de su pluma de artista de las letras del hemisferio latino-americano.

Son dos perlas literarias continentales de inapreciable valor de su juvenil inspiración.

Toda la lozanía de su vigoroso y original talento resalta en estas bellas concepciones de su juventud.

Una faz nueva se destaca en ellas de su ternura y de su fantasía de escritor descriptivo y de costumbres americanas.

Es un pintor que realza con su pincel la natural belleza de la mujer de nuestra raza.

En las “Memorias de un Botón de Rosa”, el pincel de Mitre ha hecho gala de la más primorosa delicadeza para pintar y definir las flores. ¡Qué páginas más bellas!

Al publicar estas dos delicadas producciones de su numen de escritor, que hemos recogido en los archivos de Chile, tributamos al poeta y al artista del pensamiento un homenaje de admiración á su memoria ilustre y gloriosa.

Varios editores nos han pedido les cedamos su propiedad; pero nosotros, que las hemos rescatado al olvido y al silencio, queremos publicarlas por nuestra propia cuenta para ofrendarlas á la generación intelectual del Plata y de la América.

Rejuvenecemos su talento con el recuerdo de sus primeros triunfos intelectuales.

Ofrecemos á la generación contemporánea nueva y feliz ocasión de sentir en su alma la intensidad infinita del genial pensador de que se enorgullece no sólo esta vasta nacionalidad del Plata sino también la América.

V.

El ilustre general Mitre tenía en elevado concepto la novela y al novelista, cuando se refieren á un alto fin moral y artístico.

Con relación á este ramo de la literatura americana, emite las hermosas ideas que reproducimos:

“La América del Sud es la parte del mundo más pobre de novelistas originales. Si tratásemos de investigar las causas de esta pobreza, diríamos que parece que la novela es la más alta expresión de la civilización de un pueblo, á semejanza de aquellos frutos que sólo brotan cuando el árbol está en la plenitud de su desarrollo.

“La forma lírica ó ditirámica es en los pueblos lo que en los niños los primeros sonidos que articulan. La imaginación de los hombres primitivos se inspira del ruido, del torrente, del murmullo de las hojas, del canto de las aves, del sol, de la luna, de las estrellas, en una palabra, del sonido, de la luz y del movimiento que anima al universo y que hiere nuestros sentidos como un himno grandioso que la naturaleza entona á su Creador.

“La forma narrativa sólo viene en la primera edad. Recién entonces los poetas emplean las descripciones y aparecen los cronistas y los historiadores. Los elementos sencillos de que está compuesta aún la sociedad pueden concretarse en esa forma, que todavía puede reflejarlo y explicarlo todo.

“Cuando la sociedad se completa, la civilización se desarrolla, la esfera intelectual se ensancha entonces, y se hace indispensable una nueva forma que concrete los diversos elementos que forman la vida del pueblo llegado á ese estado de madurez.

Primero viene el drama y más tarde la novela. El primero es la vida en acción, la segunda es también la vida en acción; pero, explicada y analizada, es decir, la vida sujeta á la lógica. Es un espejo fiel en que el hombre se contempla tal cual es, con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta por lo general profundas meditaciones ó saludables escarmientos.

“No faltan entre nosotros espíritus severos, que consideran á la novela como un descarrío de la imaginación, como ficciones indignas de ocupar la atención de los hombres pensadores. Pero nosotros les preguntaríamos: ¿qué son sino novelas las grandes obras con que se enorgullece la humanidad?”

Por la índole especial de su inclinación á los estudios históricos, él deseaba que la novela tuviese por base los sucesos de la patria.

“Es por esto — dice — que quisiéramos que la novela echase profundas raíces en el suelo vírgen de la América. El pueblo ignora su historia; sus costumbres apenas formadas no han sido filosóficamente estudiadas, y las ideas y sentimientos modificados por el modo de ser político y social, no han sido presentadas bajo formas vivas y animadas, copiadas de la sociedad en que vivimos. La novela popularizará nuestra historia echando mano de los sucesos de la conquista, de la época colonial, y de los recuerdos de la guerra de la Independencia.”

En “Soledad”, que él parece haber copiado de hechos reales de la sociedad americana que reco-

rriera en sus primeros años, procura poner en relieve estas ideas.

“Soledad” presenta una sucesión de cuadros hermosos y pintorescos de la naturaleza americana.

Mitre traza en ella las más bellas descripciones, siendo realmente admirable la pintura que hace de la tempestad en una noche de borrasca en las montañas andinas.

El poeta y el novelista aunan su inspiración y su fantasía para dar forma de encanto y de belleza á otra hermosa realidad de la vida: el amor.

De este rasgo de su pluma ó vibración armoniosa de su lira, brota, como chispa de luz ó de melodía, una centella deslumbradora que ilumina el espíritu.

Como poeta y como novelista, realizó en estas obras de tan primorosa sentimentalidad, el bello ideal del arte y de la inspiración infinita.

VI.

Al venir á la capital del Plata á estudiar su intelectualidad, sus archivos y su bibliografía, hemos cumplido con el grato deber de visitar el Museo Mitre, buscando sensaciones delicadas para el espíritu en el recuerdo del eminente pensador.

En aquella mansión, que el patriotismo argentino ha consagrado á su memoria constante y duradera,

se siente la misma impresión de recogimiento que se experimenta cuando se penetra á un sagrado templo.

Allí están sus libros, que él hojeó durante tan largas vigiliass, bajo la fiebre ardorosa y devoradora del pensamiento, esculpiendo con su pluma páginas imborrables de gloria imperecedera para su patria y la historia de América.

En su propia mesa de trabajo, en su misma silla de labor permanente, que era tribuna de sus ideas y que hoy es pedestal de su nombre, he tenido el placer íntimo de revisar sus libros anotados con su lápiz laborioso, preciosas reliquias que guarda el civismo contemporáneo para las generaciones futuras.

Le admiro y le venero desde mis entusiastas días juveniles y rindo tributo de respeto á su recuerdo, que en mi patria y en América es legendario.

Durante mi permanencia en Buenos Aires he visto publicarse libros destinados á desconocer su obra de patriota y de ciudadano y aún su gloria de historiador americano.

Pero he visto también acudir á la juventud, en legiones, á su tumba, á llevarle el homenaje de su cariño, proclamándole su maestro.

Este contraste ha conmovido mis sentimientos, haciéndome pensar en la obra justiciera y reparadora que los hombres que educan á los pueblos con la verdad deben realizar en estos países, en formación todavía.

Un escritor que se precia de claro criterio, pero que es un polemista irreducible y proclamador de caudillos, ha llegado á decirme:

“—!Es menester demoler el nombre de Mitre! ; Todos los males que á este país afligen son su obra de político!”

Aparte de que este falso concepto es una irreverencia, es un gravísimo y profundo error que el patriotismo más desinteresado debe rechazar.

Mitre pudo cometer faltas involuntarias como jefe de partido, como gobernante, como conductor público; pero jamás con premeditación ni guiado por mezquina ambición personal.

Él amó á su patria sobre todas las cosas de su vida y por ella hizo sacrificios supremos y para glorificarla escribió sus bellos libros de historia memorables.

Su gloria es imperecedera; va enlazada á su nombre de escritor, que le ha conquistado fama universal.

Por eso en la hora tristísima de su muerte, la prensa de todo el mundo civilizado le tributó sus galardones y las armas y las banderas de todos los países cultos de la tierra se inclinaron respetuosas sobre su féretro.

El poeta más ilustre del Plata, la gloria viviente más egregia encarnada en el genio de un hombre privilegiado, el ilustre bardo americano Carlos Guido Spano, que no fué su partidario político en vida, ha enaltecido á Mitre con esta elocuente frase que

la juventud de la Universidad ha grabado sobre la lápida de su sepulcro:

“La muerte ante su gloria está vencida.”

Este libro es una recordación de su pasado juvenil y de su ingenio de novelista ilustre de América.

Atestigua, con sus bellezas, que su gloria de escritor es perdurable.

PEDRO PABLO FIGUEROA.

.

Buenos Aires. á 26 de Junio de 1907.

MEMORIAS

DE UN

BOTÓN DE ROSA

INTRODUCCION

I.

Desgraciada de la que nace hermosa. Envidiada por todos, codiciada de muchos, y maltratada por algunos, su vida es la vida de una mañana, es la vida de un botón de rosa.

Halagada por algunas palabras de amor, fecundada por el soplo de la lisonja, su destino es servir de adorno á otro sér más feliz, como una flor que vive muriendo en una urna de porcelana, ó entre los rizos perfumados de una elegante.

Marchitada apenas nace por el soplo frío de la calumnia y de la envidia, muere para la vida de los placeres cuando apenas quiere desplegar sus hojas.

Entonces despojada de su brillo y hermosura sólo le quedan los recuerdos... de una vida de ayer, que acabará mañana, como la luciérnaga que resplandece durante la noche, y al llegar la aurora cae fatigada en las zarzas de un jardín, y allí muere olvidada por todos, después de haberse alimentado algunos instantes de sus recuerdos.

Tal ha sido mi vida, porque nací hermosa, porque

serví para los placeres de otros, más felices, porque
perecí en el albor de mis días, y hoy vivo sólo de la
vida de los recuerdos entre las páginas olvidadas de
un álbum que ha sido mi sepultura.

MEMORIAS

II.

Nací en uno de los valles más hermosos del jardín chileno, durante una de esas noches tempestuosas de la primavera, en que la lluvia del cielo azota las obras percederas del hombre y fecunda la más humilde florecilla de los campos.

Pasé los primeros días de mi niñez en una cuna de verdes hojas, en la que me acompañaba una hermana mía, que el cielo me dió por compañera. Nuestra madre nos abrigaba con sus anchas y rosadas hojas; durante la noche nos calentaba con el aliento ardoroso de sus perfumes.

Ella brillaba entonces en todo el esplendor de su belleza.

Una noche nos dormimos como de costumbre al abrigo de su sombra protectora. Al otro día por la mañana, al esparcir nuestras hojas para saludar el alba, vimos que nuestra madre había desaparecido. Echamos la vista hacia todas partes y vimos á algunos pasos á una joven del brazo de un caballero, en cuyo seno se veía á nuestra madre, mirándonos

con la más intensa ternura. Quisimos hablar, pero el cielo nos había negado la voz; entonces el céfiro murmuró entre nuestras hojas. Quisimos llorar, pero no teníamos lágrimas; entonces cayeron dos gotas de rocío en nuestro seno. Me incliné en el seno de mi hermana y derramé en él mi gota de rocío.

III.

Había nacido yo algunos días antes que mi hermana, porque las flores cuentan su vida por horas y por días.

Desde que quedamos huérfanas tomé sobre mí el cuidado de mi hermana menor.

A medida que fuimos desenvolviéndonos nos fuimos consolando también de la pérdida de nuestra madre, pero sin olvidarla jamás.

Por la noche nos dormíamos, reclinada la una sobre la otra; nos despertábamos por la mañana empapadas por el rocío; nos extasiábamos con el canto de los pajarillos; por las tardes nos bañábamos en la grata frescura de la brisa primaveral, y cuando la luna brillaba en todo su esplendor, nos entreteníamos en oír los besos amorosos que se daban las rosas de nuestro rosal, de las que nos separaba una cortina de verdes hojas y un círculo de espinas, símbolo de nuestra existencia, que se desliza sobre un lecho de verdura que nos impide ver los dolores que nos esperan.

En las recias tempestades que se precipitan sobre

Chile desde las nevadas cumbres de los Andes, mi hermana entrelazaba su gajo con el mío, y así abrazadas resistíamos á los embates furiosos del viento.

Así pasé los ocho días más venturosos de mi vida. Desde entoncès no he vuelto á tener un sólo instante de felicidad, y su recuerdo es lo único que me ha consolado en medio de mis amargos sinsabores.

Era demasiado grande mi dicha para que fuese duradera. Pronto empezó para mí una nueva época, y salí por primera vez á conocer los desengaños del mundo.

IV.

En una hermosa tarde de verano nos hallábamos con mi hermana contemplando al través de las verdes hojas que nos servían de techo, á una magnífica rosa que tenía su mansión más arriba de la nuestra.

De repente vimos un monstruo horrible que se precipitó sobre ella y desvió sus dorados pétalos. Era una larva, según he sabido después. La pobre rosa abrió sus hojas, como un moribundo que abre sus brazos para entregar su espíritu á Dios, y espiró de dolor á los pocos momentos.

Algunas marchitas hojas de la víctima infeliz cayeron sobre nosotras. Nos estremecimos al sentir su contacto y vimos en esto el melancólico presagio de una desgracia que no debía tardar en realizarse.

Fuimos entonces tan desgraciados que no tuvimos ni una gota de rocío que llorar.

Nuestro presentimiento no tardó en realizarse.

Algunos minutos después vimos acercarse á nuestro rosal á la joven acompañada del caballero que se había llevado á nuestra madre.

Nos alegramos al principio porque creíamos volver á ver á la que había protegido nuestra niñez, pero luego temblamos de espanto al contemplar en aquella joven á la asesina de nuestra querida madre.

Los dos jóvenes se acercaron á nosotros conversando cariñosamente.

La joven era una flor tan fresca y tan hermosa como hasta entonces no había visto ninguna de mi rosal.

Sus ojos eran más dulces y melancólicos que un pimpollo entreabierto, sus párpados caían sobre ellos como las redondas hojas que le sirven de amparo; sus mejillas tenían un color tan suave como el de la pobre rosa que acabábamos de ver morir; su cabello era dorado como el pistilo de la flor que abre por primera vez su seno á los besos de la brisa, y su talle tan elegante y flexible como el gajo que nos sustentaba.

—Matilde — preguntó el joven á su compañera — ¿qué has hecho de la rosa que te dí el otro día?

—Aquí la tengo — contestó la joven, y sacando de su seno un hermoso tarjetín; vimos en él el cadáver descolorido de nuestra madre.

El dolor se apoderó de nosotros y sentimos que nuestros gajos desfallecían con la intensidad de él.

—¿Quieres que te dé otra rosa de este rosal, Matilde? — volvió á decir el joven.

—No, Carlos, una rosa no; se marchita muy pronto: preferiré un botón de rosa.

Carlos se acercó entonces al rosal y se puso á buscar el más hermoso de los botones de rosa. Su vista se fijó en mí, y yo me estremecí, aunque todavía ignoraba que era hermosa.

Mi hermana se acercó á mi lado, como para que le protegiera contra aquel hombre que nos miraba, y en quien veía otra larva como la que había devorado á nuestra vecina.

Carlos adelantó la mano.

Mi hermana se estrechó más contra mi gajo. Yo me estremecí á la idea de que pudiesen separarla de mi lado, y la abracé con más amor. Entonces sentí una mano robusta que se apoderaba de mí. En vano fué que mi hermana me estrechase convulsivamente y que maltratase con sus nacientes espinas á la mano atrevida que quería arrebatarme.

Me separaron cruelmente de ella y al dejar el tronco donde había pasado tan dulces momentos al lado de mi madre y de mi hermana, sentí que mi seno rebosaba de amargura; eché á mi hermana una mirada de despedida y pocos momentos después estaba engalanando la rubia cabeza de Matilde.

Desde allí pude contemplar algunos momentos más á mi pobre compañera, que abría anhelosamente sus hojas, como dos brazos que me llamaban con cariño. Pronto la perdí de vista, para no volverla á ver más.

¡Pobre hermana mía! ¿qué habrá sido de ella?

V.

Luego que Matilde y Carlos se alejaron del rosal dijo éste mostrándole su mano maltratada:

—Cualquiera diría que las flores también saben sentir y pensar.

—¿Por qué dices eso, Carlos?

—Porque me pareció que ese botón de rosa se estremecía al tomarlo, y que uno que estaba al lado procuraba defenderlo hiriéndome con sus espinas.

—¿Y quién nos dice que las flores no sienten y piensan también?

—Qué, de veras lo dices? ¿Has tomado la broma á lo serio?

—No, Carlos, yo creo que las flores sienten, porque las he oído quejarse muchas veces, y creo que piensan porque su vista nos comunica mil ideas que de otro modo no se presentan á nuestra imaginación.

—Si te fuera á creer, diría que ese pimpollo que adorna tu linda cabeza me está mirando con aire de reproche.

—¡Ay! ¡pobre botón de rosa! — dijo ella llevándose la mano á la cabeza y quitándose de allí; y luego, mirándose con ternura: ¿Quién sabe si tú no amabas y te hemos arrebatado de los brazos del objeto de tu amor! ¿Comprendes, Carlos, cuál sería mi dolor si te arrebataran de mis brazos en el momento en que voy á ser tu esposa? ¡Sería horrible! ¡Ah! vamos á dejar á ese pimpollo en su rosal ó á buscar su compañera.

—No seas niña, Matilde. El compañero era un botón de rosa muy pequeño, y sólo mañana estará en estado de arrancarse.

Por ahora conserva éste como una muestra de mi amor.

Y tomándome entre sus manos me volvió á colocar en la cabeza de Matilde.

Entonces sentí por aquel hombre egoísta que no adivinaba los dolores ajenos, un odio profundo, y á no ser por la simpatía que me había inspirado la sensibilidad de Matilde, hubiese deseado verle perder para siempre el objeto de su cariño.

—Matilde, amor mío — volvió á decir Carlos, luego que me hubo colocado en la cabeza de ésta. — ¡No merezco nada por lo que me ha costado alcanzarte este botón, defendido por tantas espinas?

—Lo que tú quieras.

—Quiero sólo un beso — y depuso uno entre los labios entreabiertos de Matilde.

Así salí al mundo. Un beso de amor fué la recompensa del hombre que labró mi desgracia.

VI.

Los dos prometidos se dirigieron á una casa de campo que se veía á la distancia. La felicidad y el amor se reflejaban en su semblante, mientras que yo me marchitaba de dolor sobre la rubia cabeza de la hermosa Matilde.

Llegaron á la casa de campo y entraron en un salón suntuosamente arreglado, donde se encontraban varias personas reunidas.

A poco llegó la noche y el salón resplandeció de luces, como en el día de gran ceremonia. Era así.

Se iba á dar un baile en celebridad del próximo matrimonio de Matilde y Carlos.

Durante el baile tuve el dolor de ser el testigo mudo de la felicidad ajena.

Arrastrada entre los giros voluptuosos del vals, todo lo presenciaba, todo lo oía. . . para mi martirio.

Las miradas de amor y las palabras de cariño llegaban hasta mí, como el calor de una hoguera cercana, que me iba devorando lentamente, como la fiebre.

Al fin se terminó aquel baile, y Matilde se retiró á su habitación.

Se acercó á un espejo para desprenderse el tocado, y entonces pude yo verme.

No sabía hasta aquel momento que era hermosa, porque jamás había podido verme, ni aún en los cristales de un arroyo.

Al mirarme tan galana sentí el mismo placer que debe sentir una coqueta cuando por primera vez se cubre de joyas y de galas y se ve reproducida en un espejo.

Era tal mi enajenación que no sentí que Matilde me había quitado de su cabeza y me estaba colocando en un vaso de cristal lleno de agua.

La frescura del líquido me hizo volver en mí y empecé á revivir.

Matilde se acostó pensando en su futura felicidad, y yo me incliné sobre el borde del vaso pensando en mi hermana.

Me dormí acordándome de ella, y toda la noche su imagen estuvo presente á mis ojos. .

VII.

Al otro día por la mañana me despertaron unos gemidos muy dolorosos que oí cerca de mí.

Me erguí sobre mi gajo y ví á Matilde arrodillada delante de su lecho y bañada en lágrimas.

A su lado lloraba también una anciana á quien durante la noche anterior la había oído llamar mi madre.

—Hija mía — decía la anciana — resignémonos con la voluntad del cielo.

—¡Oh, madre mía! — exclamaba la pobre Matilde sollozando — ¡perderle! ¡perderle cuando iba á ser mi esposo!

—¡Qué remedio, hija de mi alma!

—¡Ah! ¡pero yo le amaba tanto!

—Pobre criatura — exclamó la anciana, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Matilde se arrastró llorando y cuando su madre acudió á contenerla quedó desmayada entre sus brazos. Fué necesario llevarla al lecho.

Desués supe el origen de aquel dolor, por haberlo oído relatar varias veces en la cabecera del lecho de Matilde.

Carlos al volver á caballo de una hacienda inmediata se había despeñado en un precipicio, sin que su cuerpo se haya podido encontrar jamás.

Entonces ví la mano de la Providencia que castigó despiadadamente al egoísta que no comprende los dolores ajenos.

Carlos no había comprendido los dolores que me había causado y la mano de la Providencia cayó sobre él.

Dios vela hasta sobre la flor humilde de los campos, y mira con igual amor á toda la creación.

VIII.

Hacia tres días que vivía en el agua estancada del vaso de cristal, privada de las gotas de rocío que tantas veces habían vivificado mi seno y de los rayos tibios del sol que todas las mañanas venían á acariarme.

Yo me sentía morir.

Mis hojas se habían marchitado, el gajo que me sustentaba empezaba á perder su savia, y mi frente se inclinaba mustia y descolorida sobre el borde del vaso.

Comprendí que mi última hora se acercaba.

Encomendé mi espíritu al criador, al que ha dado sér á la criatura, ha poblado el cielo de estrellas y la tierra de flores y animales.

Pensé en mi pobre madre que ya no existía, pensé

en mi hermana que tal vez lloraba por mí en su solitario gajo, y me resigné á morir cuando apenas había empezado á vivir.

Quise cerrar mis hojas y cubrirme con ellas el seno, para que ellas me sirviesen de mortaja, como una virgen desnuda que al espirar se encubre con sus cabellos y llevada por un instinto de pudor; pero mis hojas se negaron á obedecer mi última voluntad, y permanecieron flojas y lánguidas, porque carecían de espíritus vitales.

Contaba mi vida por segundos, cuando sentí que una mano devorada por la fiebre se posaba sobre mí.

Era Matilde que me sacaba del vaso.

Ella me miró con delirio. Sus ojos estaban hundidos y rodeados de un círculo violado. Su palidez era mortal, pero en sus mejillas se notaban dos manchas cárdenas, indicio inequívoco de la fiebre que la devoraba.

Estaba vestida con un peinador blanco y sus cabellos caían desordenadamente sobre sus espaldas.

Nunca me había parecido más hermosa.

—Última memoria de Carlos — dijo mirándome con amor — tú bajarás conmigo al sepulcro — é imprimió un beso ardiente entre mi descolorido seno.

Sentí que su fiebre se comunicaba á todo mi sér, y aquella excitación momentánea me hizo recobrar nuevas fuerzas.

Matilde se acercó, teniéndome siempre en su mano, hasta una ventana por la que penetraba un rayo de sol.

Al contacto de aquel calor, que tantas veces me había acariciado en las mañanas de la Primavera, me sentí revivir.

Largo tiempo permaneció Matilde al lado de la ventana mirándome con delirio y humedeciéndome con sus lágrimas, que quemaban más que refrescaban.

Luego me puso en su seno y sentí que sollozaba.

Cuando me ví entre la oscuridad de su seno perfumado perdí la idea del tiempo.

Sólo podré decir que pasé muchas horas en aquel tibio albergue, que me hacía vivir: ¡me mataba al mismo tiempo!

Era ya la noche cuando me sacó de su seno, al tiempo de acostarse. Me volvió á mirar con ternura y depuso en mí otro beso ardiente y prolongado en que parece quiso derramar su amor y su amargura.

Abrió un album cubierto de terciopelo verde, que estaba sobre su velador al lado de su cama, y su mirada se fijó sobre una hoja en que había pintado un botón de rosa.

Era mi retrato hecho por Carlos, al pie del cual se leía su nombre.

Matilde me puso al lado de mi retrato, me contempló algunos instantes más con dolor, y luego cerró el album.

La tapa de terciopelo cayó sobre mí como la pesada tapa del sepulcro sobre una persona que sintiéndose con vida no puede hablar ni respirar.

Este es, bella lectora, el album que me sirvió de

sepultura, y de que te he hablado al empezar mis melancólicas memorias.

IX:

Luego que me ví sepultada en el album perdí totalmente el conocimiento. Ignoro el tiempo que pasé en este estado.

Sólo sé que aquel letargo fué lo que se llama muerte, y que muy luego mi espíritu inmortal volvió á esconderse, como una luz que se desprende de la tierra y se pasea por la inmesidad de los espacios.

Había cesado de formar un todo con el frío esqueleto que acababa de abandonar, pero sin embargo mi espíritu permanecía abrigado de sus hojas, como el perfume que llena una ánfora, aún mucho después de haberse agotado el líquido que lo daba.

Quise convencerme si me era posible desprenderme de mi cadáver, y en efecto lo conseguí. Me escapé de entre las dos páginas que me tenían aprisionada y ví á Matilde que dormía.

La estancia estaba iluminada por una lámpara que proyectaba sus tenues rayos sobre su frente.

Sus ojos estaban entreabiertos y su seno latía con violencia, como si la agitase un sentimiento doloroso.

Oí que pronunciaba algunas palabras en medio del sueño, de las que sólo llegaron á mí las siguientes :

—Carlos... no tardaré en seguirte... mi espíritu encerrado en una flor... ha volado al cielo... pronto moriré.

El resplandor de sus ojos se apagó repentinamente, su seno dejó de palpar y quedó en una completa inmovilidad.

Me posé sobre su frente; estaba fría. La infeliz Matilde acababa de espirar, como yo, en el albor de sus días. Su vida había sido identificada con la mía, y mi muerte precedió á la suya.

¡ Cuán misteriosos son los hilos providenciales que ligan toda la creación!

X.

Toda la noche velé á la cabecera del lecho en que yacía el cadáver de aquella con quien mi vida había estado identificada. Su espíritu había volado sin duda al cielo, mientras que el mío peregrinaba aún sobre la tierra.

Mientras velaba á aquel lecho de muerte, mis ojos incorpóreos se fijaron en el album que había sido mi sepultura.

Quise pasear sus hojas, y leer en los pensamientos de aquella criatura con quien Dios me había identificado.

Resuelta á emprender el viaje, me deslicé entre la cubierta y la primera página, como el viajero que pisa resueltamente en el sendero que lo ha de llevar á la vida ó á la muerte.

En la primera página leí estas palabras: “Las Flores.” Este título despertó en mí más mi curiosidad.

Recorrí algunas páginas blancas, sintiendo el mismo cansancio que experimenta el viajero al atravesar desiertos arenosos sin agua ni vegetación.

Al cabo de una fatigosa jornada llegué á una página escrita, que me pareció un oasis encantado. En ella se leía :

“¿Quién nos dice que nuestra existencia no está identificada con alguna flor?

“Esos sentimientos que nos infunden con su perfume, esas ideas que nos inspiran con su vista, son otras tantas pruebas de esto.

“Quítense las flores de la tierra y quedará un vacío en todos los corazones que saben sentir, en todas las cabezas que saben pensar.

“Hoy he leído “La Pasionaria” de Zorrilla. ¡Cuánta poesía hay en esa leyenda! Me he estremecido muchas veces al leerla, porque me parecía que mi vida y mi destino podrían tal vez identificarse con alguna flor.

“Las flores hablan al creyente de Dios, á la mujer de la felicidad, al hombre de la belleza ideal, al poeta de la inspiración que lo eleva. El mundo está lleno de su lenguaje mudo que penetra por todas partes como el aire y la luz.

“Si Dios hubiera dado lengua á las flores, la creación fuera una armonía.”

Aquí acababa la página. Pasé inmediatamente á otra, en la que se leían otros pensamientos :

“Si Dios ha negado lengua á las flores, no por eso las ha privado de un lenguaje. Semejante al de los

ojos, que dicen mucho sin proferir una palabra. ¿Quién no ve en la frescura de la rosa, en el lujo con que se desenvuelve, en las espinas que la rodean, en el orgullo con que se levantan y en lo poco que dura el símbolo del amor y de la felicidad, dos cosas tan bellas que se desenvuelven con tanto lujo, tan rodeadas de espinas y que duran tan poco?

“¿Quién no ha creído sentir en el aroma invisible de las flores el suave aliento de los espíritus que pueblan el espacio? Suaves, incorpóreos, misteriosos como nuestras almas, llega hasta nosotras en alas de la brisa rumorosa, y nos habla al oído de amor, de felicidad, de otra vida mejor, de otro mundo más hermoso, en que las almas en forma de perfumes, se derraman unas en otras, se identifican en una sola vida y bajan á veces hasta la tierra para inocularse en las flores y derramar sobre el mundo los celestes perfumes que los bienaventurados queman á los pies del Hacedor.

“Las flores son el bálsamo del alma enferma.

“Cuando ellas no alivian los dolores ya no les queda sino morir, porque su mal será incurable.”

En otras varias hojas que recorrí leí estos diversos pensamientos:

“Las flores son las letras con que se escribe la historia de los sentimientos tiernos y delicados del corazón.

“El padre recuerda el nacimiento de su primogénito, porque en ese día plantó un rosal; la joven de quince años recuerda que sintió su primera emo-

ción de amor al pie de una madre selva; el amante ausente se consuela viendo en su cartera una trinitaria marchita; la mujer abandonada llora sobre las hojas secas de una rosa, último recuerdo del ingrato que la olvidó; la madre que perdió á su hijo orna su sepulcro de siemprevivas, y yo recuerdo que la primera vez que me vió Carlos me dió una violeta.”

Al pie de estas líneas se veía una violeta seca y á su lado el retrato de la misma flor, ejecutado por un delicadísimo pincel. Seguí leyendo:

“¡Ah! si todas las flores de la vida fuesen como las flores que sabemos que han de retoñar en una época señalada del año, frescas, olorosas, risueñas y llenas de juventud! Pero los placeres pasan y no vuelven á renacer.

Hoy he leído en un libro... “Feliz quien ama á las flores y no ama más que á las flores!” Mientras haya en el mundo un hombre y una mujer que se amen, el reino de las flores no acabará. Para los indiferentes, las flores exhalan un olor que sube á la cabeza; para los amantes y los poetas, un perfume que va al corazón.

“¿Qué son las obras del arte al lado de las obras de Dios, de que puede gozar hasta el último desgraciado? ¿Qué son los diamantes al lado de las gotas de rocío que refrescan el cáliz de la flor? ¿Qué son las pinturas al lado de la humilde hierba del jardín? Nada. La naturaleza sólo es bella, todo lo demás es imperfección y vanidad.”

Aquí terminé mi lectura.

XI.

Al atrevesar de una página á otra oí un gemido doloroso.

Me asomé al borde á ver si era Matilde, pero ésta permanecía fría é inmóvil.

Volví á entrar en la página, cuyo dintel había pisado, y encontré extendido en medio de ella el cadáver helado y descolorido de mi madre.

Sólo muerta debía volverla á ver, como la vimos otra vez con mi hermana en el tarjetero de Matilde.

Luego que estuve cerca de aquel cadáver sentí que un espíritu invisible se incorporaba al mío.

Era el espíritu de mi madre que se identificaba á mi nuevo sér, como dos porciones de agua que se unen en una sola.

Nuestras ideas y sentimientos se confundieron. Ella supo mi historia y yo supe la suya desde el momento en que nos separamos.

Mi madre después de su espíritu se había separado de su cuerpo, tuvo el mismo deseo que yo de leer en el album, y Dios había castigado su curiosidad condenándola á vivir peregrina sobre la tierra hasta que mi espíritu fuese á libertarla.

A mi vez el castigo de mi curiosidad me alcanzaba. Yo debía peregrinar entre las páginas de aquel album, identificada con mi madre, hasta que el espíritu de Matilde viesese á libertarnos.

Mucho tiempo hace que vivimos en este valle de lágrimas.

Para endulzar las largas horas del destierro, me he puesto á escribir en este album con mis hojas marchitas, los recuerdos fugitivos de mi vida.

¡Ojalá que mis melancólicas memorias arranquen una sola lágrima de los ojos de la belleza, ó abran su corazón para recibir las tiernas impresiones, como las flores abren su corola para recibir el llanto de la noche!

XII

Hace muchos años que sentimos en torno de nuestro album el rumor melancólico de un espíritu que, como nosotras, llora peregrino sobre la tierra.

Creo que está muy cercana la hora de nuestra redención.

EPILOGO

XIII.

He vuelto de los espacios infinitos á trazar estas últimas líneas de despedida, al lugar de mi destino sobre la tierra .

El espíritu rumoroso que vagaba en torno nuestro era el de Matilde.

Un día entró hasta nuestro albergue y se identificó con nosotros.

Entonces pudimos volar de aquel destierro y salimos á poblar el espacio.

Al atravesar el rosal que me había servido de cuna, sentí un perfume que volaba hacia mí.

Era el espíritu de mi hermana que venía á incorporarse al nuestro.

Desde entonces volamos en alas de la brisa, y vagamos por los espacios infinitos de la creación.

Consagramos nuestro incienso al pie del Creador, nos derramamos en el inmenso océano de perfumes que puebla el aire, luego nos separamos de ellos y nuestros cuatro espíritus inmortales suelen dormirse por la noche en el gran incensario de Dios, descansar entre las blancas hojas de una azucena, ó jugar sobre las frescas aguas del Bio-Bio ó del Mapocho.

BARTOLOMÉ MITRE

SOLEDAD

CAPITULO I.

Escenas conyugales

Era una hermosa tarde de verano del año de 1826. El sol se había ocultado ya, pero sus últimos rayos doraban aún la soberbia cumbre del Illimaní, como si el rey del día al ausentarse quisiera tributar su último homenaje al monarca de los Andes. El gigante ostentaba sus dos inmensos picos cubiertos de sempiterna nieve, mientras que á sus pies resplandecía el verdor de una eterna primavera. El plátano dorado, la aromática piña, el hermoso limonero, el espeso chirimoyo y el colosal pacaí, embalsamaban el aire á la par de todas las flores tropicales que la naturaleza pródiga ha derramado allí. Haciendas ricas y pintorescas se extendían á la falda del gigante, y sus rojizos tejados y blancas paredes se destacaban sobre una alfombra de verde terciopelo. Hacia el Oriente la vista se limitaba por una árida cadena de montañas que contrastaban con aquellas verdes islas, cuyo núcleo era por lo general una hermosa casa de campo. En una de las quebradas más fértiles y pintorescas de aquel sitio había por el tiempo de que hablamos una linda hacienda, cuya casa estaba edificada en la falda de un escalón de la

montaña, que en aquel lugar formaba una planicie. A esta casa es donde queremos introducir á nuestros lectores.

La forma del edificio era la de un cuadrilongo. El centro de él estaba ocupado por un gran patio rodeado de corredores bajos y galerías altas. En él había un surtidor de piedra berenguela, á cuyo alrededor se veían infinidad de macetas de flores. Las habitaciones altas que miraban al Oriente tenían á su frente una magnífica galería de arcos, y sobre el fondo aplomado de sus pilastras de granito resaltaban el verde sombrío y la blancura inmaculada de las enredaderas y los jazmines que allí se encuentran todo el año. Desde aquella galería se descubrían á vista de pájaro la entrada de la quebrada y todos los huertos cercados que rodeaban la hacienda.

En aquella galería había dos personas. La primera era una joven como de diecinueve años, edad en que la mujer está en toda la plenitud de su desarrollo, y la otra un hombre que ya había pasado de los cincuenta y ocho. Un pintor hubiera dicho de la joven que era una imagen escapada de las telas de Rafael; un poeta la hubiera creído un serafín bajado del trono del Señor, y yo diré simplemente que era una de aquellas obras acabadas, salidas de las manos del Creador que hacen admirar su poder y adorar la vida. Era rubia y blanca y en su cándido rostro brillaban dos ojos negros, grandes y rasgados, que daban á su fisonomía una expresión singular. Había en su mirada algo que decía que aunque

toda su persona derramaba la dulzura y la suavidad, tenía en su alma una centella que debía incendiarla. Estaba vestida de blanco, y una ligera pañoleta celeste hacía adivinar las voluptuosas formas de su seno. Sentada en un sillón con la vista fija en el paisaje grandioso que se desenvolvía á su vista, se hubiera dicho que era la estatua de la castidad meditando.

El otro personaje no tenía nada de notable en su fisonomía. Estaba descuidadamente vestido, con una levita negra abotonada hasta el cuello, que rodeaba una corbata del mismo color, negligentemente anudada. Aunque sus facciones eran vulgares, su frente calva, los pocos cabellos blancos que la coronaban le daban cierto aspecto de dignidad. Su tez amarilla y sus ojos empañados indicaban un temperamento bilioso, mientras que su nariz aguileña y prominente parecía ser prueba de un carácter violento é imperioso. Su boca era grande y sus labios abultados, y en aquel momento estaban fuertemente contraídos, sin duda, por algún sentimiento doloroso que le embargaba. Este hombre, como hemos dicho, rayaba ya en los sesenta años. Se echaba de ver que estaba fastidiado, y de cuando en cuando una nube de mal humor atravesaba por su frente. Tenía un libro en la mano en el que solía fijar una mirada incierta y distrída, pero luego la levantaba para clavarla en la bella joven que tenía á su frente. Un observador superficial hubiera creído ver brotar de aquellos ojos pequeños un relámpago de amor, pero

un hombre acostumbrado á leer en esos espejos del alma habría adivinado que predominaba un sentimiento celoso y despechado. Largo tiempo permanecieron en silencio. La joven parece que no oía ni sentía nada que no perteneciese al magnífico panorama que se desenvolvía ante sus ojos, pero en aquella extática admiración se revelaba una ardiente aspiración que ella misma tal vez no comprendía. En aquella frente mustia que los besos del amor parecía no haber refrescado jamás, se leía un pesar profundo que la devoraba.

Ya las sombras de la noche iban invadiendo todo el valle que tenían á sus pies, cuando el hombre rompió por la primera vez el silencio :

—Soledad, le dijo, con voz que quiso hacer suave; es tiempo de que te retires. Estás enferma y podría no hacerte bien el permanecer más tiempo aquí.

—¡Oh, no señor! quiero gozar un poco más de esta hermosa vista. Me siento más aliviada, y este aire tan puro y esta atmósfera tan perfumada me parece que me hacen bien. . . Además, este es el único placer que me es permitido en mi triste vida.

El compañero de Soledad frunció las cejas, y ésta pareció arrepentirse de haber dejado escapar la última palabra y le miró con aire de súplica. Pero él no pareció notar aquella mirada; y levantándose con precipitación dió algunos paseos por la galería. De pronto se detuvo frente á Soledad, y mirándola con enojo le dijo con voz vibrante de cólera :

—Siempre las mismas niñerías ¡Soledad! ¡Soledad! ¡siempre las mismas reconvenciones! ¿Hasta cuándo me abrumarás con ellas?

—Señor, respondió Soledad, con triste resignación; yo no me quejo, pero si lo he hecho, perdónemelo Vd.

—Esas son siempre las mismas palabras “¡no me quejo!” Me desesperas mil veces más con esa humildad afectada. Te quisiera más bien soberbia, y franca.

Evidentemente aquel hombre no había hecho sino buscar un pretexto para descargar su malhumor, y no quería perder la oportunidad.

—Señor, aun cuando me quejase no haría sino usar del único derecho que tengo, ó del que nadie me puede despojar; pero si ofendo á usted, me callaré. No soy soberbia porque es usted el amo aquí, y obedezco. ¿Se puede exigir más de mí?

—¡Exigir más! — repitió con amargura. — ¡Exigir más! Tienes razón; ¿qué más puedo apetecer que una esclava sumisa que no contraría mis voluntades, en vez de una esposa que me brinde con su amor? ¿no es cierto, Soledad?

Soledad guardó silencio y no contestó nada. Bajó la cabeza, suspiró con dolor y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Su marido vió aquellas lágrimas y ellas aumentaron sin duda su rabia.

—¿No es cierto, Soledad — volvió á preguntar con voz sorda — que nada más puedo pedir?

—Señor, tenéis en mí el cariño de una hija que os respeta, que os cuida con solicitud, y una esposa que no falta á sus deberes.

—¿Y nada más?

—¿Qué más puedo dar á usted?

—¡Soledad! ¡Soledad!

—Señor, no exija usted más de mí.

—Yo necesito de tu amor.

—Tiene usted mi estimación y mi respeto.

—¡Oh, pero eso no basta!

—No tiene usted derecho á exigir más. Mi madre entregó mi mano forzada por la necesidad, pero jamás me pidió Vd. mi corazón.

—Eres mi mujer, dijo el marido con arrebató, eres mía, me perteneces y quiero ser amado por tí.

—Señor, soy débil, estoy desvalida; no abuse Vd. de mi debilidad, ni de mi desamparo. No me obligue Vd. á repetir lo que tanto le irrita. Estimo y respeto á Vd., puede disponer de mi persona á su voluntad, pero al menos quiero conservar la libertad del corazón, que es la única que no han podido arrebatarme.

Y cayó de rodillas á los pies de su marido.

El despecho y la compasión luchaban á la vez en el alma del anciano.

Iba á extender su mano, pero retirándola con precipitación retrocedió algunos pasos, y cruzando los brazos sobre el pecho dijo con toda la rabia de los celos:

—¡Oh, esas lágrimas son por otro! ¡Desgraciada! Sabes que soy capaz de matarte. . .

Y al mismo tiempo apretaba con fuerza los puños como para no ceder á un movimiento de furor.

—Señor, no diga usted. Mi súplica es lo único que he pedido, lo único que pediré. Tenga Vd. compasión de mí.

—¡Compasión! ¡y la tienes tú de mí?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Hasta cuándo durará este suplicio? — exclamó Soledad alzando los ojos al cielo.

La cólera largo tiempo concentrada del marido de Soledad estalló al fin. Se apretó la cabeza con ambas manos, sus ojos se inyectaron de sangre, y arrojándose sobre Soledad dejó caer ambos puños sobre la angélica cabeza de aquella desgraciada. Soledad cayó al suelo aturdida por el golpe: al chocar sus labios sobre los baldosas del piso brotaron sangre, y exhaló un gemido doloroso. Ese gemido llegó al fondo del alma del verdugo y se arrepintió de su barbarie. Se inclinó hacia su mujer y quiso levantarla en sus brazos, pero ella que había recuperado sus sentidos se incorporó rechazándolo con dignidad.

—Señor, el que maltrata á una mujer es un infame que no tiene derecho á exigir nada de ella, pero permito ser pisoteada con tal que se me deje al menos la libertad del corazón.

Estas palabras inesperadas fueron pronunciadas con tal acento de firmeza y dulzura á la vez, que impusieron respeto á aquel hombre violento y brutal. Bajó avergonzado la cabeza, y mirando después á Soledad que aun permanecía de rodillas con la fren-

te apoyada en el sillón y oculta la cara entre sus manos, le dijo con voz melancólica :

—Soy un torpe, perdóname, Soledad, tienes derecho para echármelo en cara. Eres libre: después de lo que he hecho comprendo bien que ya no debo pedirte amor, pero al menos no me guardes rencor.

—¡Nunca! ¡nunca! Yo tengo la culpa que irrito á usted con mis imprudencias. . . ¡Oh, señor, es usted generoso y no lo olvidaré jamás!

El anciano se acercó á su mujer, la tomó una mano que ella le entregó, y apretándola con ternura se retiró sin decirle una palabra. Los remordimientos lo ahogaban y quería substraerse á la presencia de aquella víctima, á quien había atado á su destino como á una criatura llena de vida y juventud encaadenada á un cadáver.

Luego que Soledad quedó sola levantó los ojos al cielo húmedos de lágrimas y los fijó en el astro melancólico de la noche, que brillaba en todo su esplendor, y exclamó con dolor :

—¡Madre mía, protejedme!

El tenue resplandor de las estrellas, el susurro de las hojas, el perfume de las flores y aquella luz misteriosa que sigue al crepúsculo hicieron descender á su corazón algunas gotas de consuelo de las que Dios derrama en toda la naturaleza para alivio del desgraciado. Soledad se sintió más tranquila: oró y lloró, y al cabo de algunos instantes se levantó fuerte y resignada, saboreando aquella acre satisfacción que experimenta toda alma bien templada cuando

se siente superior á su desgracia. Una especie de excitación febril daba en aquel momento una fuerza poderosa á aquella frágil criatura, cuyo cuerpo parecía formado para reposar sobre un lecho de flores. ¡Ay! años hacía que gemía sobre un lecho de espinas, mártir del sacrificio y del deber, soportando casi todos los días escenas idénticas á la que acabamos de describir. Sin embargo, aquel continuado tormento no había destruído la energía de su alma, y á medida que se multiplicaban sus dolores se rebelaba contra su destino y sacaba nuevas fuerzas de su propio abatimiento.

Cuando ella se sintió más tranquila se dirigió á una puerta de vidrieras que había á un extremo de la galería, la abrió y entró en una pieza lujosamente amueblada que la servía de costurero. Allí se recostó sobre un sofá y permaneció sumida en sus reflexiones. Un ligero ruído la sacó de ellas, y vió entrar á una joven india que la servía, con una carta en la mano.

—Señorita, dijo la indígena en la lengua aymará, esta carta me han dado para Vd.

—¿Quién la ha traído?

—Manuel, que acaba de llegar de La Paz.

—Dámela.

Soledad tomó la carta, y apenas hubo mirado el sobre de ella lanzó un grito de alegría, y levantándose con rapidez se acercó á la luz y materialmente la devoró con sus ojos.

—¡Oh, gracias, gracias Dios mío, que no me has

abandonado! ¡Gracias, madre mía, que me habéis oído! ¡El vendrá, y al menos tendré uno á quien confiar mis penas! — exclamó ella con exaltación. Y luego con acento más tranquilo aunque doloroso: — Necesito expandir mi corazón, y tener algo que amar.

Apenas había acabado de proferir estas palabras cuando entró su esposo y la dijo con aire abatido:

—Esta noche deben venir nuestros vecinos á tomar el té con nosotros. Haz prepararlo todo.

—Está bien, señor; pero me siento algo enferma y desearía que me excusase usted de recibirlos.

—Deseo que tú les hagas los honores. Mi amigo D. Manuel me ha dicho que deseaba presentarme á su sobrino D. Eduardo López.

—Está muy bien, señor; los recibiré.

—¡Siempre cediéndome, como si yo te violentase! ¡Siempre presentándote como víctima para hacerme aparecer como el verdugo!

—Señor, dijo Soledad desentendiéndose de aquella reconvención; acabo de recibir una carta de mi primo Enrique.

—¡Una carta de tu primo Enrique!

—Ha vuelto por fin de la campaña del Perú, con el grado de capitán, y me anuncia que hallándose en La Paz vendrá dentro de algunos días á hacernos una visita.

—Podía excusarla.

—Espero que no le recibirá usted mal. Es el compañero de mi infancia, el único pariente, el único amigo que tengo en el mundo.

—¡El único amigo! Sí, el hombre á quien has amado y tal vez amas todavía.

—Bien sabe usted que mi padre nos destinaba para esposos, pero que educados juntos desde nuestra más tierna infancia y habiéndonos separado muy temprano, no nos hemos profesado jamás otro afecto que el de hermanos.

—Así será. Está bien. Que venga. Yo no le cerraré las puertas de mi casa.

—Gracias, señor.

En aquel momento se hicieron sentir en el empedrado del patio los pasos de varios caballos.

—Son nuestros convidados— dijo el marido — vamos á la cuadra á recibirlos.

Los dos esposos pasaron al salón ocupados por una misma idea. Ella pensaba en Enrique con enternecimiento y ansiaba por el momento de volverlo á ver y abrazarlo; él lo recordaba con toda la rabia de los celos en el corazón.

CAPITULO II.

Una noche de campo

Al entrar al salón de la hacienda donde habitaba Soledad se hubiera uno creído transportado á mediados del siglo deciocho por lo menos. Estaba suntuosamente adornado con todos nuestros muebles antiguos de nuestros venerables abuelos, que deste-

rrados en todas partes han encontrado en Bolivia un asilo generoso, porque siendo el país más mediterráneo de América, la moda camina en él con mucha lentitud. Veíanse allí grandes sillones negros primorosamente labrados, mesas de pies de cabra, sofás dorados, espejos con marcos de cristales que resplandecían con las luces colocadas en antiquísimas arañas de cristal y macizos candelabros de plata. Las puertas y ventanas estaban adornadas con anchas cortinas de damasco punzó con franjas de oro, y una y otras eran doradas y cinceladas, como todavía se ven muchas. En el techo se veían las armas nobiliarias de la familia del marido de Soledad, porque en aquella época aún no se habían despojado del todo de la añeja preocupación de querer formar una aristocracia en el centro de una República, y de la que por fortuna quedan ya muy pocos restos. Lo único que indicaba que se vivía en una época más reciente era un hermoso piano de ébano incrustado de adornos de bronce. Encima de él había varios libros y papeles de música. Los Albums no habían penetrado todavía á Bolivia, y á no ser por ésto, es más que probable que tuviéramos que hacer la descripción de un lindo libro con tapas de terciopelo, lleno de versos y flores secas, que en nuestros días se ha hecho el mueble obligado de toda dama elegante, para servir de alimento á la vanidad y de martirio á los poetas.

Soledad y su marido entraron por una puerta situada al fondo del salón, y casi al mismo tiempo

se abrió otra que daba á la galería interior que salía al patio, y aparecieron los vecinos convidados, con quienes vamos á hacer conocimiento encargándome, en mi calidad de folletinista, de presentar á mis amables lectores y lectoras, asegurándoles de que serán bien recibidos, especialmente por las últimas.

Eran cuatro los convidados. Una señora anciana y un acompañante de respetable edad. Al observar el modo cómo se hablaban, se echaba de ver fácilmente que eran marido y mujer del viejo cuño, ó de la *vieille roche*, como diría un francés. Eran dos verdaderos tipos del siglo pasado; figuras y vestidos que estaban en perfecta armonía con los vetustos muebles que los rodeaban. El anciano llamábase D. Manuel Alarcón y su cara mitad, doña Antonia de Alarcón. No tendría D. Manuel menos de sesenta y cuatro años y su esposa rayaba ya en los cincuenta y cuatro. Los personajes restantes eran dos jóvenes de distinto sexo. La joven era algo morena y tenía pelo y ojos negros. Toda su fisonomía respiraba dulzura, pero su mirada profunda y sus labios un poco gruesos indicaban un temperamento ardiente, susceptible de tempestuosas pasiones. Por lo demás, su aire era modesto y sus movimientos suaves y armoniosos. Su nombre era Cecilia. El joven que la acompañaba era notable por su figura y sus modales distinguidos, aunque algunas veces algo afeminados. Su cabeza estaba poblada de negros y ensortijados cabellos, y una patilla negra y lustrada como una cinta de terciopelo encuadraba admirablemente sus

nobles facciones. Unos ojos grandes y negros, una nariz recta y bien formada, una frente espaciosa y una boca pequeña, aunque de labios muy delgados, unido todo á una tez pálida, parecía anunciar una inteligencia despejada, un temperamento nervioso y una profunda disimulación, á la par que un alma susceptible de los más lastimosos descarríos una vez lanzada en la senda del mal. Aquel hombre pertenecía al número de esos seres que desde la primera vista hacen una impresión profunda, ya sea adversa ó favorable.

Hechos los primeros cumplimientos de estilo, don Manuel Alarcón presentó á los dueños de casa el joven cuyo retrato acabamos de trazar.

—Amigo mío, dijo, te presento á mi sobrino D. Eduardo López, que ha venido de La Paz á pasar el verano en mi hacienda, y que ha aceptado con mucho gusto el ser presentado á tu amable esposa y á tí.

—El señor López, contestó el marido de Soledad, no me es absolutamente desconocido de nombre, y siempre será muy bien venido á esta casa.

—Tendremos el mayor gusto, agregó Soledad, en que nos favorezca con sus visitas, porque en el campo es un honor y un obsequio á la vez para quien las recibe.

Eduardo contestó en términos propios y escogidos y todos tomaron asiento alrededor de una gran mesa redonda de jacarandá, cubierta de tapete de terciopelo verde, que ocupaba el centro del salón.

Los primeros momentos de conversación fueron

embarazosos, como lo son siempre las conversaciones en que hay una persona que por primera vez se encuentra en una reunión. Se habló del tiempo, de noticias, de la vida del campo y de todas aquellas cosas que sirven para decir algunas palabras, las muy necesarias para no estar en silencio. Por último, D. Manuel Alarcón, guiado más por sus preocupaciones que por su tacto, trasladó la conversación á otro terreno menos estéril.

—Amigo mío, dijo Alarcón dirigiéndose al marido de Soledad, es necesario confesar que ésto marcha para atrás. En mi tiempo he visto poblar este valle de jóvenes y muchachas, y no había día sin convite, ni noche sin baile. Pero en el día es una soledad.

—Así será, pero tampoco convendrá usted conmigo que hay ciertas personas, que aunque en pequeño número, pueblan agradablemente la *soledad*, dijo Eduardo con intención, acentuando sobre la última palabra y mirando á la hermosa castellana.

—Vaya, Eduardo, me quitas de encima veinte años. ¡Ah! me haces acordar de aquellos hermosos tiempos en que me endosaba mi calzón de punto, mis medias de seda y casaca de terciopelo. ¡Si vieras qué majos andábamos entonces todos los mozos! Y si no pregúnteselo á su tía, y los piropos que le echaba cuando la andaba enamorando. Y á pesar de ser viejo todavía no puedo olvidarme, y ella puede decir....

—Manuelito, interrumpió doña Antonia ba-

jando los ojos y añadió en voz baja: —¿No ves que estamos delante de nuestra hija?

—Cierto, me olvidaba, pero cuando me acuerdo de mis tiempos no puedo con mi genio. Aquello era una gloria, una...

—Vamos, cuando te pones á hablar de tus tiempos, dijo el marido de Soledad, no hay quien te ataje. Esa es tu manía.

—¿Qué quieres? Quien malas mañas ha...

—Ya sabemos, Manuelito, pero mejor sería que empezásemos nuestra malilla, dijo doña Antonia.

—Aprobado, dijo Alarcón. ¡Oh! la malilla es un juego de que gustaba mucho mi abuelo y tengo por él una especie de predilección.

Como se ve, don Manuel Alarcón pertenecía al número de aquellos originales fósiles, tan comunes entre nosotros, que sólo hallan bueno lo de su tiempo, y para quienes parecen haber sido escritos aquellos versos de Mora:

Hasta el dormir de entonces

Era más descansado;

Los sombreros qué airosos,

Qué fresco el bacalao!

¡Oh, qué tiempos aquellos,

Qué tiempos los pasados!

Trajeron tantos y naipes y los tres ancianos se pusieron á jugar malilla. Los jóvenes quedaron solos á un lado de la mesa, y separados de este modo las dos partes heterogéneas de la reunión. Estos últimos estuvieron viendo jugar por espacio de algunos

segundos, pero muy luego entablaron una conversación particular.

—Señorita — dijo Eduardo á Soledad— esta mansión es deliciosa, y desde que la conozco, no me perdono los días que he pasado en las ciudades, sobre todo después que he visto que en el fondo de estos valles es donde se encuentran las perlas más hermosas, así como en el fondo del mar—y dirigió simultáneamente sus ojos de Cecilia á Soledad. Esta se sintió penetrada por aquella mirada profunda, pero muy luego contestó:

—Cierto que esta mansión es agradable. El clima, las flores, los frutos, las vistas de que se goza, todo contribuye al bienestar del cuerpo. Pero el alma y la imaginación carecen de alimentos por falta de sociedad.

—Sin embargo, señorita, por lo que á usted respecta creo que jamás estará sola, ni su alma carecerá de alimento. Veo allí — dijo mirando los libros que estaban sobre el piano, algunos buenos compañeros que llenarán agradablemente su soledad, y además ese piano me indica que no es usted extraña á ese arte encantador que nos consuela en nuestras horas de amarguras. ¿Canta Vd., señorita?

— Muy mal, caballero.

—Si hubiese de juzgar por el metal de voz, diría que nunca puede usted hacerlo mal, aun cuando el estudio no le prestase nuevo realce.

—Es usted demasiado amable, caballero. Y usted que tan aficionado se muestra á la música, también cantará.

—Suelo hacerlo algunas veces, pero prefiero siempre oír.

—Eduardo — dijo Cecilia — tiene una hermosa voz, y toca muchas cosas nuevas.

— ¿Quisiera Vd. tocar algunas?

—Con mucho gusto, pero será con la condición de que Vd. cantará después.

—Lo haré por complacer á usted.

Los tres jóvenes se dirigieron al piano. Lo abrieron, y Eduardo se sentó frente á él. Sus dedos se pasearon perezosamente sobre el teclado y arrancaron algunos sonidos vagos, preludios aislados que separados nada dicen, pero cuyo conjunto forma una armonía que algo expresa. Poco á poco aquellos vagos sonidos fueron sistemándose, y de repente brotó del instrumento un torrente de melodía, que inundó el corazón de todos los oyentes. El piano había encontrado su señor, y repetía humildemente con sus cien voces armoniosas las ideas de Eduardo. Al primer arranque de melodía hizo suceder un andante melancólico, que sin disminuir la primera impresión la infundía más y más en el alma. Sucesivamente fué recorriendo una serie de temas artísticamente enlazados, y cuando sus manos se reposaron sobre el teclado trémulo y palpitante, el aire vibraba aún con las melodías con que había sido herido. Aquel fluido armónico que llenaba la atmósfera parecía que hubiese penetrado por los poros de las dos jóvenes. Hacía largo rato que la música había cesado y todavía sus ecos resonaban en sus corazones que latían al

unísono de ellos, como las arpas eolias heridas por las brisas de la noche. Su cabeza algo inclinada y la vista fija indicaba en ellas una distracción profunda de todo lo que las rodeaba,

—Señorita, dijo Eduardo, he tocado sólo por tener el gusto de oír á Vd., de otro modo apenas me hubiese atrevido á hacerlo. Aquella voz sacó á las dos jóvenes de su enajenación. Alzaron sus ojos y los fijaron en Eduardo, permaneciendo silenciosas algunos segundos. La mirada de Cecilia brillaba de pasión y de orgullo, mientras que la de Soledad expresaba una especie de temor. Esta fué la primera que habló.

—No esperaba oír en este valle á un artista tan hábil.

—Señorita, gracias. Sus elogios de usted, aunque inmerecidos, me prueban que es usted generosa, y que puede prodigarlos á manos llenas sin temor de quedarse pobre. Pero aunque parezca imprudente reclamaré de Vd. el cumplimiento de su promesa.

Eduardo cedió su asiento á Soledad, la que á su vez se sentó frente al piano. Sus primeros compases fueron tímidos, más luego animándose por grados, armonizó de tal modo su voz con las del instrumento, que se hubieran podido comparar á dos corrientes de aguas cristalinas que van á unirse en un mismo punto. El acompañamiento de la canción que cantaba era un tema que participaba de la queja y la alegría, que se hermanaba perfectamente con la letra que era la siguiente :

En medio de la noche
Mirando aquesa estrella
Diré: — Una virgen bella
Se acordará de mí;
Y en medio de los cielos
Cuando ella brille pura,
Dí, celestial criatura,
¿Te acordarás de mí?

Ausente de tu lado
Mirando ese astro bello
Creeré ver un destello
Emanado de tí,
Y exclamaré con ansia: —
Tal vez la hermana mía
En medio á la alegría
¡Se olvidará de mí!

Quando de tí me aleje
Y á los combates vaya,
En medio á la batalla
Me acordaré de tí,
Y esperaré la noche
Para calmar mi anhelo
Interrogando al cielo: —
¿Se acordará de mí?

Adios, nunca me olvides,
Y aquesa estrella amiga
Siempre tu mente diga

Que estoy pensando en tí....
Y si en el campo caigo
Por la metralla muerto
Y de laurel cubierto
¿Te olvidarás de mí?

Cesó el canto. Soledad estaba visiblemente conmovida, parece que aquella canción despertaba en su mente un recuerdo doloroso. Había sido compuesto por su primo Enrique al tiempo de marchar á campaña, y al cantarla no había tenido otro objeto sino combatir con el recuerdo del cariño fraternal de Enrique la impresión que Eduardo le había causado con su música y sus palabras. En efecto, por el momento triunfaron los recuerdos dulces de sus primeros años. Sólo pensó en Enrique y no deseó sino verle y abrazarle, para recordar con él aquellos felices días que habían pasado para no volver jamás.

Los viejos habían dejado de jugar, y mientras Eduardo y Cecilia felicitaban á Soledad por su canto, aquellos se acercaron al piano y dieron también su contingente de felicitaciones. Sólo el marido de Soledad permanecía silencioso y con la frente encapotada, parecía que aquella canción le había disgustado en extremo. Y era en efecto así; porque conociendo á su autor, sentía que su corazón destilaba el veneno de los celos cuando su mujer la cantaba. En aquella ocasión la impresión fué más profunda que de ordinario, por efecto sin duda de las escenas que habían tenido lugar, y tal vez, más que todo, por

la próxima venida de Enrique. Sin poderse tener se puso á pasear por la sala con aire de malhumor, mientras Alarcón hacía un paralelo entre el canto antiguo y el moderno, resultando la ventaja, como era de esperarse, á favor del primero.

Pocos momentos después entró un criado con una bandeja llena de tazas de porcelana antigua y ricas piezas de plata, que puso sobre la mesa del centro. El dueño de casa invitó á sus convidados á acercarse á tomar el té, lujo extraordinario en aquella época, pues el té era casi desconocido en Bolivia. En un instante la mesa fué rodeada. Soledad conservaba todavía los ojos húmedos por la emoción, y su marido su malhumor. Eduardo sentado frente á Soledad la miraba con una atención estudiada, y Cecilia parecía estar violenta. Los dos viejos esposos no habían sufrido alteración alguna en su semblante.

—El té será muy buena bebida— dijo D. Manuel después que todos estuvieron servidos, pero yo me atengo al chocolate de nuestros mayores, y sobre todo al de nuestro país que es el mejor del mundo. No hay ninguno mejor que el de Padilla ó Apolò-Bamba.

—Convengo con usted, dijo Eduardo, que nuestro chocolate es excelente, pero confiese Vd. que al tomarlo se priva uno de una cosa muy grata.

—¿Y cuál es?

—El de tomarlo servido por unas lindas manos.

—¡Por vida de...! tienes razón, no se me había ocurrido. ¡Qué quieres, sobrino! La edad nos

en que la tempestad los haya tomado bajo mi techo.

— Entonces también nos alegramos nosotros.

Luego que acabaron de tomar el té pasaron á la galería á gozar del hermoso espectáculo que presentaba el cielo. Estaba cargado de negras y densas nubes que de vez en cuando eran rasgadas por los fulgores intermitentes del relámpago. El fuego eléctrico que se desprendía de ellas venía á caer sobre la cima de las más altas montañas, como si el cielo y aquellas gigantescas moles se pusiesen en comunicación cuando toda la naturaleza estaba conmovida por el soplo del huracán. A su luz se descubría la encanecida cabeza del Illimaní, que de noche brilla en aquellos lugares con un fulgor tan tibio y misterioso, que ha hecho decir á un joven poeta boliviano, hablando de él:

Como una infinita perla
Colgada en la inmensidad.

El aire que siempre es seco allí estaba humedecido por la abundante lluvia, que al caer sobre los vegetales hacía evaporar sus esencias en él. Es imposible no sentirse conmovido en medio de una tempestad, sobre todo cuando la naturaleza despliega como en aquella ocasión todos los atributos grandiosos de que está rodeada al pie de los Andes. Soledad, que como se habrá comprendido ya era una de aquellas cabezas poéticas é impresionables, estaba absorpta y encantada. En medio de su éxtasis oyó una voz

que le hablaba muy cerca del oído y que le pareció bajada del cielo: tal era la enajenación mental en que se encontraba.

—Señorita — Dijo Eduardo — ¿no le parece á usted que esta naturaleza tuviese también pasiones?

Soledad no contestó, y Eduardo prosiguió con acento animado aunque bajo.

—¿Quién no diría que de las plantas brotan emanaciones de amor cuando se sienten acariciadas por la lluvia; que esos árboles suspiran cuando reciben los besos del viento; que la tierra se regocija al bañarse en el agua pura de los cielos, y que esas montañas se conmueven en sus entrañas cuando el rayo les comunica su fuego? Sin duda que todo tiene un lenguaje en la naturaleza cuando se estudia y se sabe comprenderla. ¡Qué extraño es que el hombre sienta y ame, cuando hasta los objetos inanimados que lo rodean parecen sentir y amar como él!

Aquellas palabras pronunciadas con voz apasionada derramaron de nuevo la turbación en el alma de Soledad, y se olvidó de Enrique y de sus primeros años para ocuparse sólo del presente. Quedó otra vez bajo la influencia de Eduardo contra la cual había querido en vano rebelarse. Acostumbrada á la lucha pasiva á que se veía condenada respecto de su marido para repeler la tiranía y la injusticia, sintió luchar contra el sentimiento que la invadía, porque por la primera encontraba estímulos en sí misma, y para la segunda hallaba más bien motivos que la impulsaban. Eso se explica fácilmente. Habiendo pa-

sado su vida en el dolor y el retiro, su alma estaba dispuesta á recoger las primeras emociones que nacieran de un objeto extraño á todo lo que la rodeaba, como aquellas plantas que viviendo constantemente á la sombra se inclinan á recibir el primer rayo de sol que Dios les envía. Las palabras de Eduardo fueron el primer rayo de sol que cayó sobre la frente mustia de Soledad.

Después de haber permanecido algún tiempo en la galería volvieron todos al salón. Permanecieron aún algunos momentos ocupados de una conversación insignificante, y llegado que hubo la hora de recogerse, los huéspedes fueron conducidos á sus respectivas habitaciones.

Soledad y su marido quedaron solos en el salón. Este último tenía siempre la frente nublada. Ambos guardaban silencio.

—Soledad—le dijo por último su marido — espero que será la última vez que cantes esa canción.

—Será usted obedido, señor — contestó Soledad, fiel á su propósito de hacer notar á su marido todos los actos de tiranía con que le atormentaba, conservando á la vez la dignidad de la víctima. El se sintió avergonzado y levantándose precipitadamente tomó una luz y se retiró diciendo: — Buenas noches, Soledad.

Luego que Soledad quedó sola sintió que su corazón se ensanchaba, y poniendo sobre él su mano, exclamó con ecento conmovido:

—¡Qué dulce debe ser amar!

CAPITULO III.

Por la mañana

Al otro día por la mañana, Eduardo se levantó muy temprano y se vistió con esmero. Mientras se ponía la corbata mirándose á un espejo se decía así mismo con fatuidad: — ¡Será mia! La enamoraré, porque merece la pena. A fe mia que no esperaba encontrar en este desierto una muchacha tan linda. Yo me había resignado á aburrirme unos cuantos meses por complacer á mi prima, pero si es necesario me estaré un año. He encontrado ya en qué entretenerme, y conquistaré la mujer empezando por el marido.

Antes de pasar más adelante sería muy del caso que mis lectores hiciesen un conocimiento más íntimo con don Eduardo López, y usando de las prerrogativas del novelista, que todo lo sabe, vamos á ponerlo al corriente de sus antecedentes, como lo hemos hecho ya con sus pensamientos.

Eduardo era hijo de padres ricos, y que en razón de su origen se había adherido á la causa de la madre patria en la lucha de la emancipación americana. Al nacer recibió del cielo una inteligencia despejada y una bella figura: y de los hombres la riqueza y la consideración. Eduardo criado entre la ociosidad y la molicie, perdió la mayor parte de las nobles cualidades que había recibido en dote, las

que fueron sofocadas por el egoísmo, como la simiente por la maleza, y quedaron solas las que debían degradar su naturaleza, y entonces sus poderosas facultades se contrajeron al mal. Sus vicios eran el resultado de su educación y de la sociedad que le rodeaba, pero su corazón había sido formado para la virtud. Muy niño fué enviado por sus padres á España, y volvió ya joven á su país, donde se encontró muy superior á la juventud con quien se puso en contacto. Lanzado en el torrente de la vida se entregó desenfrenadamente á todos los placeres, y sólo vió en los demás los instrumentos de ellos. El honor y la tranquilidad de las familias fueron para él un juguete y haciéndose jefe de un círculo de depravados, se constituyó apóstol de la corrupción.

Tal era el hombre que se había propuesto conquistar el amor de Soledad, y á cuya primera mirada la infeliz se había sentido fascinada como la paloma entre los círculos mágicos que traza el gavilán para precipitarse sobre ella. Luego que Eduardo se hubo vestido, bajó al patio, y viendo abierto un portón que daba entrada á un hermoso huerto se dirigió á él. Este huerto es el que daba precisamente al pie de la galería donde han pasado las escenas que hemos descripto. La parte más cercana á la casa estaba ocupada por el jardín de Soledad, en el que se veían infinidad de flores, que con la lluvia de la noche se ostentaban en todo su esplendor llenando el aire con sus perfumes. El olor de las violetas sobre todo cargaba con sus emanaciones las alas del ambiente, porque el olor de la violeta en

aquel clima es más penetrante y embriagador que en ninguna otra parte. El resto del terreno estaba cubierto de naranjos y limoneros dulces cargados de abundantes frutos. En el centro del huerto había un espacioso estanque, rodeado de un ancho murallón de piedra. A este estanque se dirigió Eduardo, y al llegar al término de la calle de árboles que había seguido, vió á uno de los lados del estanque á una mujer reclinada sobre el murallón, mirando fijamente el agua. Era Soledad. Eduardo se apresuró á acercarse á ella. Cuando estuvo á algunos pasós de distancia de ella, el ruído de las hojas secas que hallaba la sacó de su distracción, y al levantar la cabeza vió á Eduardo cerca de sí que la miraba con avidez. Se ruborizó, pero muy luego pudo dominar su turbación.

—Felices días, señorita, dijo Eduardo. No esperaba tener el doble gusto de gozar de la frescura de este huerto, y encontrar en él á usted, que es, sin disputa, la flor más hermosa del jardín.

—Gracias, caballero, por la lisonja aunque no la admito. — He pasado una mala noche y necesitaba respirar un poco este aire fresco, porque me duele en extremo la cabeza. A esta casualidad debe usted haberme encontrado tan temprano en el jardín. — Y en efecto sus ojos estaban irritados como si no hubiese dormido en toda la noche.

—Si no fuese porque le hace á usted sufrir, bendeciría ese dolor de cabeza que me proporciona tal felicidad.

—¿No le parece á usted, caballero, que la vida del campo, en medio de estos perfumes y de estas flores, es muy deliciosa? dijo Soledad queriendo dar un nuevo giro á la conversación.

—Sin duda que sí, señorita, contestó Eduardo persistiendo en su sistema, sobre todo cuando se tiene á su lado una bella compañera, y acentuó sobre estas últimas palabras mirando á Soledad.

—¡Qué agradable es la vida del agua! — dijo ella inclinando su graciosa cabeza sobre el borde del estanque.

—En efecto, señorita, y tanto más agradable cuanto que siempre dice la verdad á la belleza.

Soledad se retiró con precipitación por que acababa de ver su rostro reflejarse en la serena superficie del estanque. Aquella persistencia en los elogios llegó casi á ofenderla, pero las bellas como los dioses gustan siempre del incienso por muy modestas que sean, y muy pronto se sintió inclinada á perdonar, porque en el fondo creía que Eduardo no le hacía sino justicia. Con todo su pudor instintivo le hacía alarmarse con ellas, y procuró poner término á la conversación.

—Me siento más aliviada, dijo ella, y me retiro. Una dama de casa tiene que hacer en ella por la mañana, y sobre todo cuando tiene huéspedes, añadió con una encantadora sonrisa.

—Señorita, tendré el gusto de ofrecer á Vd. el apoyo de mi brazo hasta arriba.

Eduardo dió el brazo á Soledad y ambos se dirigieron á la casa. Aquel comprendió que había di-

cho ya lo bastante, y que no podía pasar más allá sin ofender ó alarmar á Soledad, porque no hay manjar por delicado que sea que no repugne cuando se toma en grande cantidad. En consecuencia, sólo siguió hablando de cosas insignificantes por mantener la conversación. Soledad se sintió aliviada de un gran peso, y poco á poco fué sintiéndose más confiada y alegre, sucediéndole lo que á muchas mujeres, que alarmadas en el primer momento, se hacen expansivas luego que creen que el peligro ha pasado. La conversación que tuvo con Eduardo fué casi íntima, y él conoció inmediatamente el terreno que había ganado.

En el camino encontraron á Cecilia, que también había bajado al jardín, y los tres pasaron al salón. Soledad se excusó con algunos quehaceres y salió dejando solos á Cecilia y Eduardo.

—Eduardo, — dijo Cecilia, al cabo de algunos instantes, quisiera que nos fuésemos hoy mismo á nuestra casa, porque cuando no estoy sola contigo todo me fastidia.

—También me fastidio yo en aquel inmenso caserón viendo todos los días las mismas caras, contestó Eduardo con fatuidad.

—¡ Ah, Eduardo! Tú ya no me amas cuando no te basta, como en otro tiempo, el verme á mí sola para estar contento.

—No digo eso, Cecilia, siempre te amo del mismo modo, pero el hombre nació para la sociedad y no puede vivir entregado constantemente al amor.

—Eso mismo me dijiste ahora dos meses cuando te fuiste á la Paz, y apenas hace algunos días que has llegado ya me repites lo mismo. ¡Ah! tú ya no me amas.

—¿Crees, mi querida Cecilia, que porque no te amo del mismo modo que tú te amo por eso menos?

—No sé cómo aman Vds. los hombres, pero para mí tú eres mi universo. Si tú estás triste, lo estoy contigo; si ríes, río también, y me parece que todos los sentimientos de tu corazón se comunican al mio por medio de tus miradas. ¡Oh! no creo que tú puedas pagar tan mal tanto y tanto amor que te he consagrado.

Se conocía que Eduardo estaba evidentemente contrariado y que comprometido con su prima en una aventura de pasatiempo, se asustaba del inmenso amor que se había desenvuelto en el alma ardiente de Cecilia; pero pronto volvió á tomar sobre sí su imperio acostumbrado.

—Eres una niña, Cecilia, le dijo estrechándole la mano con cariño; porque me ves algunas veces serio contigo ó político con los demás, crees ya que no te amo. ¿Cómo podría dejar de amarte? Eres tan linda, tan buena y sobre todo tan amorosa, que cometería un crimen si no te amase. Aleja de tí esas sospechas infundadas, porque te amo mil veces más que antes, con toda mi alma, con todo mi corazón.

El verdadero amor es siempre crédulo, y Cecilia quiso engañarse á sí misma dando oídos á aquellas palabras de su amante, desentendiéndose de sus acciones que le decían lo contrario.

—¡ Gracias, Eduardo, Gracias! — exclamó ella. Si tú me engañas cometerás un crimen de que te pedirá cuenta Dios.

En aquel momento entraron todas las personas restantes con quienes hemos hecho ya conocimiento, y después de los saludos de costumbre, pasaron al comedor donde los esperaba un abundante desayuno.

Una vez sentados á la mesa, Eduardo se propuso dar principio á su ataque para ganarse la buena voluntad del marido de Soledad, y abrirse la puerta de aquella casa, contando con la seguridad de ser siempre bien recibido en ella.

Don Ricardo Pérez, marido de Soledad, pertenecía á una antigua familia del país que había adquirido una inmensa fortuna en la explotación de minas en Potosí, y siendo el hijo mayor de la familia le había tocado una herencia considerable. Apegado á los intereses de la madre patria, por efecto de su posición y sus relaciones, así que estalló la lucha de la independencia se declaró contra ella, y aunque no había obrado activamente para contrarrestarla, siempre fué su enemigo declarado. Sancionada la independencia del Alto Perú, y constituída la República Boliviana, se había retirado al campo resignándose al nuevo orden de cosas como á una necesidad fatal, pero haciendo siempre votos secretos por el triunfo de la reacción. Eran conocidas las opiniones políticas de D. Ricardo, y lo eran mucho más por Eduardo en razón de los vínculos de amistad que le unían con su tío don Manuel. Por este flanco vulnerable se

propuso atacar al marido de Soledad, é inició la conversación de modo que viniese á recaer sobre la política del día.

Entonces Bolivia no era lo que es hoy; una nación homogénea, que no comprende ni puede comprender otro sistema que el representativo republicano. Había vencedores y vencidos; la nación estaba dividida en dos grandes partidos que se distinguían perfectamente, y las pasiones estaban todavía vivas y palpitantes. Así es que Eduardo contaba que una vez tocado el asunto D. Ricardo estallaríá; y él entonces tendríá ocasión de lisonjear sus pasiones políticas.

—¿No sé si están Vds. informados, dijo Eduardo, de que el gran Mariscal de Ayacucho y el Libertador Bolívar se ven complicados en una cuestión con la República Argentina por la posesión de Tarija?

—Algo he oído decir sobre eso, contestó D. Ricardo, pero no tengo ningunos detalles sobre el particular.

—En mi tiempo, dijo D. Manuel, cuando todas estas tierras pertenecían al rey de España, no había estas disputas de territorios; todos vivían en santa paz como hermanos, y nadie se acordaba de buscar peleas á su vecino. ¡Ah! ¡qué tiempo aquél de los Virreyes! Entonces sí se podía vivir, pero la patria ha venido á acabar con todo.

—Permítame usted, tío, que no estoy del todo de acuerdo con su opinión. No dudo que aquellos eran muy buenos tiempos, pero es indudable que algo he-

mos ganado en el cambio de cosas que se ha ejecutado. De colonos hemos pasado á ciudadanos, nos hemos constituído en nación soberana é independiente, los hijos del país ocupan los primeros destinos, hemos adquirido derechos preciosos, y aunque luchando con mil dificultades, nos hemos puesto en el camino de los adelantos y de las mejoras.

Este elogio de Eduardo por los resultados que había producido la revolución americana, era hábilmente calculado para estimular á don Ricardo á des-
embozarse. Era Eduardo demasiado sagaz para empezar halagando sus preocupaciones, y quería irritarlo primero para dejarle el honor del triunfo cuando conviniese, porque sabía muy bien que las amistades que se inician por contradicciones son siempre las que tienen más encanto, y las que se cautivan con mayor ahinco. Su táctica produjo el efecto deseado, y D. Ricardo no pudo contener por más tiempo la violencia de su carácter.

—¿Dice Vd. que hemos ganado en el cambio de cosas que se ha ejecutado? ¿Y qué es lo que hemos ganado? Pasar á ser esclavos de otros tiranos mayores que los que teníamos antes, que disponen á su antojo de nuestra vida y propiedades; tener derechos escritos en el papel, siendo la voluntad del caudillo la única que impera; entrar en el camino del desorden y la anarquía en vez de los adelantos y las mejoras, y, por último, ser nación soberana é independiente sólo para buscar querellas á nuestros vecinos! Vivimos en medio del desorden, de la pobreza y

de la sangre. ¡Eh! para llegar á semejantes resultados no merecían la pena de tan inmensos sacrificios como se han hecho, asolando el país é inmolando millones de víctimas.

Este arranque de D. Ricardo llamó la atención de todos, y como conocían la intolerancia de sus opiniones parecían inquietos por el resultado que podría tener la discusión. Sólo Eduardo estaba tranquilo. Se recogió algunos momentos antes de responder.

—Convengamos — dijo por último — en que tiene usted mucha razón en todo cuanto acaba de decir, aun cuando veo que usted está dispuesto á mirar las cosas por el peor lado. Los males que usted enumera son positivos, pero no por eso hemos de creer que serán eternos. Hemos dado ya el primer paso, que era el más difícil, y no debemos considerar el actual orden de cosas sino como transitorio. Lucirán para la América días más hermosos, y entonces nuestros nietos bendecirán la obra de sus abuelos; pero sin embargo añadió, queriendo hacer una nueva concesión — creo que la revolución americana ha sido prematura, y que si se hubiese postergado algún tiempo más se habría ahorrado mucha sangre, y muchos sacrificios.

Aquellas concesiones hábilmente graduadas desarmaron la ira de don Ricardo, y como encontró en Eduardo contradicción é identidad de ideas á la vez, se dejó arrastrar por la simpatía que le inspiraba el hombre que de aquella manera le hablaba, limitándose á decir:

Tal vez tiene usted razón en todo lo que dice, pero es muy triste que nos haya tocado nacer en la época de esos ensayos, que sabe Dios á qué abismo nos conducirán.

Eduardo comprendió con su acostumbrada penetración que don Ricardo estaba en camino de ser suyo, pues desde el primer momento había conseguido ponerlo de su parte. Se propuso continuar el plan con tesón y hacerse necesario á la vida de aquel hombre, de quien tanto necesitaba para introducir el deshonor, y tal vez la muerte en el seno de una familia.

En seguida se tocaron otros varios puntos de conversación, en todos los cuales tomó parte Eduardo, manifestando á Soledad una tibia urbanidad, y procurando granjearse la benevolencia de don Ricardo. Acabado el almuerzo, los huéspedes se dispusieron á partir, y el dueño de la casa instó mucho á Eduardo para que lo visitase con frecuencia, lo que éste prometió hacer.

Luego que los huéspedes hubieron partido, Soledad salió á la galería y estuvo mirando desde allí á Eduardo, que iba por el fondo de la quebrada cabalgando con gracia en un hermoso caballo negro, en compañía de su tío y de su prima. La joven le miraba con encanto, y cuando le vió desaparecer le pareció que le faltaba algo, como si le arrebatasen la mitad de su porvenir. Sintió que sus ojos se humedecían, y no pudiendo contenerse exclamó con voz desfallecida :

—¡ Es preciso que yo no vea á ese hombre porque le amaría!

CAPITULO IV.

Correspondencia

Hacía como quince días que Eduardo había sido presentado en casa de D. Ricardo. En ese intervalo había conseguido hacerse el amigo íntimo de ella. En el campo se hacen pronto las amistades, por poca disposición que haya de una y otra parte. Don Ricardo no podía pasarse sin la sociedad de Eduardo, quien pasaba frecuentemente días enteros allí; y aun algunas veces se quedaba á dormir. Soledad procuró al principio huir de su presencia, pero muy pronto se dejó arrastrar del encanto de verle, hablarle y oírle hablar. Frecuentemente pasaba las noches enteras oyendo las disputas de política entre Eduardo y su marido, y aunque en el fondo tomaba poco interés por ellas, se complacía en oír el metal de voz de aquel hombre y recoger algunas miradas ó alusiones indirectas que le dirigía y que ella en su inexperiencia y candor no procuraba evitar.

Don Ricardo veía por otra parte con gusto las atenciones de Eduardo hacia Soledad, porque los maridos celosos es muy frecuente que sean ciegos únicamente para el único hombre de quien debieran temer. Así es que Eduardo acompañaba muchas ve-

ces á cantar á la joven castellana, y leía con ella algunos de esos libros que á la vez que nos encantan derraman veneno en el corazón.

Tal erá el estado de las cosas, cuando una noche á las diez de ella, Eduardo se retiraba de casa de don Ricardo y se dirigía á la hacienda de Alarcón. Llegada á esta última se apeó del caballo, lo entregó á un criado y subió precipitadamente á su habitación. Tiró sobre una silla el látigo y el sombrero y se recostó sobre la cama. En seguida se levantó, dió algunos paseos por la habitación y acercándose á su mesa de escribir vió sobre ella dos cartas, una con sobre y otra sin él. Abrió la segunda y leyó lo siguiente:

“ *Eduardo* :

Hace tres días que no te veo, y en los anteriores apenas has pasado algunos instantes conmigo. Sales por la mañana á cazar ó pasear por los alrededores, según dices, y no vuelves hasta tarde de la noche. Mientras tanto, yo sólo pienso en tí. Me levanto temprano para verte salir desde mi ventana, y de noche no me acuesto hasta que he sentido las pisadas de tu caballo y tus pasos que resuenan en la escalera. Entonces todo mi anhelo es estar á tu lado, pero si esto no es posible, al menos me duermo tranquila pensando que reposamos bajo el mismo techo. Pero cuando no vienes paso una noche de mártir, y me

porque sabes que soy medio poeta, y me gustan las imágenes.

Adiós, mi querido Eduardo, recibe recuerdos de todos los amigos, y la expresión del vivo deseo que tengo de volverte á ver. Tu amigo

Adolfo.”

“P. D. — Estoy esperando la relación que me prometiste.”

Leída esta carta, Eduardo se sentó frente á su bufete y se puso á escribir:

“*Mi querido Adolfo:*

Te prometí escribirte apenas llegase á este valle, haciéndote de él una descripción, la misma que me exigés en tu carta que acabo de recibir, porque tú tienes la manía de quererte imponer de todo; pero si esperas mi descripción te llevas un gran chasco, pues á todo estoy dispuesto menos á hacerte descripciones de la naturaleza. Dejo esos trabajos á los poetas como tú, y á los novelistas que llenan con ellas páginas y páginas á falta de otra cosa mejor. Conténtate por ahora con el rápido bosquejo de una grande empresa que tengo entre manos.

¿Sabes que he encontrado una perla en el fondo

de este valle? Pues sí, amigo mío, he encontrado en él una de aquellas criaturas angélicas que Dios ha creado *ex profeso* para el placer del hombre. Es una joven como los ángeles, pura como una virgen, aunque casada, suave. . . en fin, como tú quieras. Suple tú la comparación, porque con decirte que es bella lo he dicho todo.

Me he propuesto amar á esa mujer, es decir, me he propuesto enamorarla, y esa conquista que yo pensaba fácil me presenta hoy más de un obstáculo. Su propia inocencia la guarda de mis asechanzas. Unida á un viejo, á un cadáver ambulante, ella no es ni puede ser feliz, y conozco (sin fatuidad) que he ganado inmenso terreno en su corazón.

Al principio evitaba mi presencia, lo que me probaba que me temía, porque la mujer que huye de un hombre es indudablemente porque teme enamorarle. Esto lo han dicho millones de personas antes que yo, pero á mí se me antoja repetirlo ahora por vía de lección. Más tarde no ha podido resistir al sentimiento que la arrastraba hacia mí, porque necesita ver á otra persona que no fuese su viejo marido, y poco á poco me he hecho una necesidad de su vida. Ella no adivina todavía que mi amor ha llenado el vacío que sentía en su corazón. Estoy resuelto á dar el golpe decisivo, y para el efecto he preparado mi plan de ataque. Aquí me tienes, pues, en la brecha.

No hace una hora que he estado con ella. Cuando fuí á su casa la encontré sola en el salón tocando el piano. Me acerqué sin que me sintiese y me coloqué

á su espalda. Ella continuó tocando. Sus dedos recorrían con distracción el teclado del instrumento, haciéndole producir sonidos vagos, inconexos, aunque tiernos y melancólicos que parecían la expresión del estado de su alma. Entonces la saludé: ella volvió la cabeza y exclamó al verme:

—¡ Ah! es él.

—Señorita, la dije, dicen que las almas sensibles tratan siempre de comunicar sus emociones á todo cuanto les rodea, y si esto fuese cierto, debería creer que los sonidos que ha arrancado usted del piano, son la expresión del estado de su corazón.

—¿ Por qué lo dice usted ?

—Porque eran suaves y melancólicos, y su rostro de usted parece indicar esos dos sentimientos.

—Es cierto, me sentía triste y quise distraerme tocando alguna cosa, pero no he podido coordinar dos notas.

—La música no es siempre el mejor alivio para el que sufre, porque con frecuencia multiplica sus dolores aunque los endulce algún tanto; pero de todos modos, siempre llena el vacío que sentimos en nosotros mismos cuando un gran pesar nos agobia, sea con dolores ó con dulzuras.

—¿ Cree usted que en todos los casos la música puede llenar el vacío del corazón ?

—No hay regla que no tenga sus excepciones. Hay ciertos vacíos que no pueden ser llenados con nada. Por ejemplo: una vida vacía de amor sólo puede ser llenada por el amor. Dios al formar el hombre y la

mujer para amarse parece que puso esa condición imprescindible, como el único medio de que no se sustrajeran á la ley fatal de la naturaleza.

—El amor, dijo ella después de algunos momentos de silencio, ¿lo cree usted tan esencial á la vida humana que no se pueda vivir sin él?

—Vegetar, sí, pero vivir no. Amando gozamos de las más inefables ilusiones; las flores nos parecen más olorosas, el aire más puro, el mundo todo más hermoso, y es porque lo vemos al través del prisma del objeto amado. Y cuando no somos felices gozamos hasta en nuestros mismos tormentos, por las emociones que se despiertan en el corazón y embriagan la cabeza. Hay en los tormentos del amor cierto sabor acre que nos agrada, como ciertos manjares picantes que halagan y escuesen el paladar.

—Sin embargo no faltan ejemplos de personas que se han sustraído á la ley fatal de que usted habla.

—Así ha sido su vida, señorita. ¡Ah! la vida es muy triste y su camino muy penoso, y es necesario que sean dos las personas que lo crucen para hacerlo más llevadero.

En esta circunstancia entró el marido, y puso término á la conversación.

Ya ves que tengo ocupación por algún tiempo, y que debes perder la esperanza de verme la cara á lo menos por dos meses.

Adiós, tengo sueño y voy á acostarme.

Eduardo.''

Concluída esta carta se acostó en su cama y se durmió tranquilamente, con el sueño no del justo sino del egoísta.

CAPITULO V.

La Nueva Heloisa

Al día siguiente de haber escrito Eduardo la carta que acaba de leerse, se levantó muy temprano, se vistió con esmero y mandó á su criado que ensillase su caballo. Cuando se disponía á bajar la escalera fué detenido por Cecilia.

—Eduardo — le dijo — ¡has leído mi carta y me abandonas!

Eduardo hizo un gesto de impaciencia que no pudo ocultar y que no se escapó á la penetración de la mujer amante y celosa.

—Bien veo, añadió, que ya te fastidia mi amor, pero si me humillo hasta el grado de suplicarte, bien sabe Dios que no lo hago por mí, sino por mis pobres padres y... por nuestro hijo, Eduardo, porque voy á ser madre... ¡Oh! si tú me rechazas me moriré de dolor y vergüenza!

—¿Dudas de mi amor? — preguntó Eduardo con una voz helada que quiso hacer tierna.

—No te pido ya tu amor, ni te hablo en nombre de él, me dirijo sólo á tus sentimientos de honor, y te hablo en nombre de tu deber. Pongo en tus manos

mi honor y mi destino. Llevada por el amor te he entregado todo cuanto una mujer puede dar. De tí pende mi vida ó mi muerte. No te exijo que me contestes ahora, pero de la palabra que pronuncies depende todo mi porvenir. Confío en tí. Adiós.

Luego que hubo hablado así, con acento grave y conmovido se retiró con dignidad arrojando sobre Eduardo una mirada en que aquella mujer parecía haber concentrado todo su cariño. Pero aquellas palabras cayeron sobre el corazón de Eduardo como la lluvia sobre el bronce, que humedeciendo la superficie no le penetra jamás. Se sintió avergonzado por su infame conducta, pero no conmovido por la situación de aquella mujer que se había sacrificado por él. Una chispa de generosidad se encendió en su alma, pero pronto fué apagada por el helado egoísmo que lo dominaba. Bajó la escalera, montó á caballo y se dirigió hacia la hacienda de don Ricardo, diciendo: He aquí una aventura en que me veo comprometido. ¿Pero no he salido bien de tantas otras iguales? Engañemos á esta mujer y esperemos del tiempo que todo lo arreglará. Haciendo estas reflexiones y otras semejantes llegó al patio de la casa de don Ricardo, entregó su caballo á un criado y subió precipitadamente la escalera. Preguntó por don Ricardo y le contestaron que había salido al campo, pero que la señorita estaba en su costurero y que podía pasar á verla.

Eduardo entró al salón y pasó al costurero. Soledad estaba sola bordando y sentada en el hueco de

una ventana de farol bañada por toda la luz que penetraba por ella. Estaba pálida y abatida como si hubiese pasado una mala noche. Luego que entró Eduardo sus ojos se animaron, y contestó con embarazo á todos sus cumplimientos. En seguida hablaron del tiempo, de las flores y de todas aquellas cosas insignificantes con que se procura entretener una conversación, para ocultar lo que realmente se piensa ó se quiere decir. Eduardo sólo esperaba una oportunidad para empezar su ataque. Esta se presentó. Soledad tenía á su lado un libro entreabierto, que Eduardo conoció inmediatamente por haberlo visto ya otras veces.

—¿Qué libro leía usted, señorita? — dijo tomando el libro y hojeándolo.

—“Julia ó la Nueva Heloisa” — contestó Soledad ruborizándose.

—Es un hermoso libro que siempre se lee con placer. Cada vez que mis ojos se fijan sobre estas páginas me parece que se exhala de ellas un perfume de amor y de castidad. ¡Pobre Julia! Ligada al destino de un hombre á quien no amaba, y amaba á otro que no podía ser suyo!

Soledad suspiró y Eduardo continuó con más calor.

—Pero ¡cuántos goces encontraba á la vez en esa vida de ternura y sacrificio, dividiendo su corazón entre el deber y el amor! ¡Cuánta poesía hay en esos castos amores que pueden ser cantados á los oídos de los ángeles! ¡No le parece á usted, señorita,

que en medio de su desgracia Julia tenía una fuente inagotable de felicidad, porque amaba y era amada?

—¡ Oh, sí! — dijo ella — debía ser feliz. Y añadió como queriendo cambiar de conversación. Lea usted en donde está señalado, que es donde había interrumpido mi lectura.

En la página señalada se encontraba precisamente una de las cartas más tiernas y amorosas de Saint-Preux. Eduardo se puso á leerla con todo el fuego, con toda la melodía de su voz y la acción animada de que estaba dotado por la naturaleza. Soledad había dejado caer la aguja con que bordaba, y le miraba como fascinada por aquella serpiente que ocultaba su veneno bajo las flores del amor. En la inexperiencia que tenía de la vida se entregó sin embozo al embeleso que le causaba oír á Eduardo pronunciar tantas y tan dulces palabras. A veces creía que se dirigían á ella. Luego que Eduardo hubo concluído la carta, exclamó sin poderse contener:

—¡ Oh! dice usted bien, Julia era feliz, pues tenía quien le hablase de ese modo!

—¡ Oh! señorita, yo también sería Saint-Preux si encontrase otra Julia.

—Ah, pero no hay más que una Julia en el mundo.

—Toda mujer que ama y es amada, es una Julia, si á su hermosura reúne corazón y talento, pero no todas se hallan en iguales circunstancias para manifestar los tesoros de amor que ocultan en el fondo de su alma. Figúrese usted por un momento, señorita, una joven unida contra su voluntad, que encon-

trase por primera vez al hombre á quien Dios había destinado para ser el querido de su corazón. ¿No sería esa mujer una nueva Julia, como la otra fué una nueva Heloisa? ¿Quién podría reprocharle el que se entregase á los sentimientos de su corazón? ¡Y si esos sentimientos eran castos y puros, podrían ser reprobados ni aún por su propia conciencia? Oh, no, jamás. Me parece que si yo encontrase una mujer en una situación idéntica, le consagraría todo el resto de mi vida para amarla de rodillas y tributarle el amor más puro y santo que puede abrigar el corazón humano; un amor tal que pudiésemos ofrecerlo como holocausto al Dios que vela por todos nosotros.

—¡Oh, sí! sí! — murmuró Soledad como contestándose á una pregunta que se hacía á sí misma. El veneno que Eduardo destilaba gota á gota había filtrado hasta su corazón. La paloma estaba ya entre las garras del gavilán, y sólo la Providencia podía salvarla.

—Soledad — le dijo Eduardo, llamándola por la primera vez por su nombre de bautismo, el único que conoce el amor — ¿no ha amado usted jamás?

—¡Sí, he amado! He amado á mi padre y á mi madre y he amado á mi primo Enrique. . . como á un hermano.

—Pero no era de ese amor del que yo hablaba á usted, sino de ese amor que divinizaba á Julia, de esa ardiente aspiración que nos arrastra hacia otra persona, que nos hace desear su vista, su voz, su con-

tacto. De aquel sentimiento que nos hace vivir en otro ser, con quien sentimos, con quien lloramos y nos alegramos á la vez. De aquel bálsamo divino que desciende á nuestros corazones y nos consuela en las amarguras de la vida. De aquella música inefable que suena en nuestros oídos y nos hace presentir los coros de los serafines. De ese amor hablaba á usted, Soledad. ¿No lo ha sentido usted jamás?

Soledad guardó silencio, porque estaba demasiado conmovida para contestar. Al cabo de algunos momentos se repuso y dijo:

—¿Y es posible sentir de ese modo sobre la tierra?

—¿Y usted me lo pregunta? ¿De otro modo, cómo sería soportable la vida?

Soledad se entregaba al encanto de aquella contestación, sin ver lo peligrosa que era, mucho más después de haber leído un libro de amor junto con un joven hermoso y elocuente, peligros que han sido elocuentemente cantados por el Dante en su bellissimo episodio de Francisca de Rimini. Aquí estaba Francisca con todo su amor, su candidez y su pureza, pero Lancelot estaba reemplazado por Lovelace.

—¿Y usted que tan bien sabe pintar ese sentimiento, ha amado alguna vez de ese modo?

—Jamás hasta ahora — contestó Eduardo mirándola fijamente; — para ello sería preciso que hubiese encontrado á usted libre, y entonces la hubiera amado con toda mi alma, con todo mi corazón. Sí, Soledad, la hubiera amado á usted del mismo modo que la amo ahora y la amaré siempre.

Soledad se había parado y parecía dispuesta á retirarse. Pero estaba tan turbada que sintiendo que le flaqueaban las rodillas tuvo que sostenerse en el respaldo de la silla. Viéndola Eduardo en aquel estado, se acercó á ella y le tomó una mano, que no tuvo fuerzas para retirar.

—¿Quiere usted huir de mí, Soledad, y por qué? Puede á usted ofenderle un amor tan respetuoso como el mío? Amo y respeto á usted tanto que jamás me perdonaría haberla ofendido. Perdone usted á quien no ha podido ser insensible á su belleza y que pone hoy á sus pies un amor tan profundo y tan puro que muchas mujeres envidiarían.

—Caballero — dijo Soledad en la agonía de su resistencia — ¿olvida usted que soy casada?

—¿Y por qué me lo recuerda usted? . . . Pero no, ¿no he dicho antes á usted que si encontrase á una mujer en la situación de Julia la amaría y le consagraría el resto de mis días? Esa mujer es usted, Soledad. Joven y bella es imposible que no sienta usted la necesidad de amar, de expandir la superabundancia de su vida y juventud, de ser feliz y de hacer feliz á otro, porque usted no es feliz, Soledad. Yo vengo á traerle á usted la felicidad, vengo á ceñir su cabeza con la corona del amor y ofrecerle los goces de un cariño puro en que jamás encontrará remordimientos. ¿Me rechazará usted, Soledad? ¡Oh, no! Sus ojos de usted, sus palabras involuntarias, sus acciones, todo me ha dicho que usted me amaba. ¡Oh, diga usted que es así, y seré el más feliz de todos los mortales.

Soledad se tapó la cara con ambas manos y exclamó sollozando:

—Eduardo, no exija usted eso de mí... ¡Dios mío! Y sintiendo que había dicho demasiado se retiró á su aposento y se echó á llorar sobre su cama diciendo: ¡Oh, creo que le amo!

CAPITULO VI.

Reminiscencias

Al pie de la casa de campo de don Ricardo había una hermosa huerta de limoneros dulces, cercada por una alta tapia. A la entrada de la huerta se veía una cabaña limpia y bien construída que servía de habitación al dueño de ella y su familia. En el momento en que hablamos estaban sentados frente á su puerta dos personas ancianas, de distinto sexo. El hombre parecía tener como setenta años, y su fisonomía dulce y grave anunciaba la bondad de su corazón. La mujer representaba como cincuenta y cinco años, y su rostro conservaba aún algunos rasgos de belleza. Ambos estaban vestidos con humildad, pero con limpieza.

—Marta — dijo el anciano — ¿has estado hoy arriba á ver á la señorita?

—Sí, Antonio, y ojalá no hubiera estado, porque me ha afligido mucho.

—¿Y por qué, Marta?

—Porque la señorita está cada día más triste y con la vida que lleva no es posible que viva mucho tiempo. ¡Pobre niña! tan linda, tan buena y tan desgraciada!

—Sí, la pobrecita es bien digna de compasión. Pero dime, Marta: ¿tú que la has dado el pecho y has vivido con ella hasta que vino á esta hacienda, debes saber cómo ha podido casarse con don Ricardo? Algo me has dicho sobre eso pero nunca me has contado toda la historia.

—¡Ay! Antonio, nunca lo he hecho porque cada vez que me acuerdo de esas cosas no puedo contener las lágrimas y padezco mucho. Con todo voy a darte gusto, porque es necesario que conozcas á tus patrones.

—Ya te escucho.

—Sabes tú que yo fuí la madre de leche de la señorita Soledad. Cuando yo empecé á darle el pecho tenía ya como dos meses. Después que la hube criado fué tal el cariño que me tomó, que sus padres me pidieron que me quedase en la casa para cuidarla, lo que sabes tú que acepté con gusto, porque quería á Soledad como á una hija.

—Sí, bien me acuerdo de eso y también que yo te permití con mucho gusto que te quedases, porque me dolía que te separases de la pobre niñita.

—Tenía Soledad cerca de cuatro años cuando murió un hermano de su padre, don Pedro, quien le recomendó su hijo al tiempo de morir. Don Pedro lo tomó á su cargo, lo trajo á su casa y desde aquel día

lo trató como á un verdadero hijo. Nunca me olvido de don Enrique. ¡Qué hermoso muchacho! Me acuerdo que cuando venía á casa contigo y la señorita se entretenía mucho jugando conmigo. ¡Y cómo se querían con la señorita!

—En efecto, se querían como unos hermanos y á medida que iban creciendo no podían estar ni un momento separados.

—Viendo el cariño entrañable que se tenían, don Pedro concibió la esperanza de unirlos algún día. Pero la muerte le sorprendió antes que hubiese podido unir á los dos jóvenes. Cuando don Pedro murió, Soledad tenía doce años y don Enrique diez y seis. Viendo que por su tierna edad no podían ser esposos recomendó á su mujer que los educase el uno para el otro y que los uniese así que Soledad tuviese quince años. La fortuna que don Pedro dejó á su familia era muy pequeña, porque aun cuando antes había sido rico, la guerra lo había arruinado, habiendo hecho grandes gastos en favor de los patriotas, por lo que era mal mirado por los españoles. Quedó de albaacea de sus bienes don Ricardo, nuestro patrón, quien adicto á la causa de los españoles siempre se habia manifestado amigo de don Pedro.

Pasado algún tiempo empezó á figurar el nombre del general Lanza, como uno de los caudillos más terribles que combatían contra los españoles en el Alto Perú. La relación de sus hazañas entusiasmaba siempre al joven don Enrique, á lo que contribuía mucho las ideas que le había comunicado don Pedro

en su educación. Un día se presentó á la madre de Soledad, á quien él llamaba también su madre, y la dijo que estaba resuelto á irse á incorporar al general Lanza, para pelear por la independencia de su patria. En vano quiso la señora disuadirlo; ni sus ruegos, ni las lágrimas de Soledad pudieron hacerle variar de resolución. Por último, partió dejando la familia anegada en lágrimas, y hoy me ha dicho la señorita que ha vuelto por fin á La Paz con el grado de capitán después de haberse hallado en las batallas de Junín y Ayacucho.

—¡Bendito sea Dios! Don Enrique capitán: ¡Qué gusto tendrá la señorita al verlo! Pero prosigue, Marta, tu narración.

—Después de la partida de don Enrique, don Ricardo se manifestó como el amigo más íntimo de la casa y se ganó la confianza de la señora. En estas circunstancias fueron confiscados los bienes del difunto don Pedro, por haber pertenecido á un rebelde, y Soledad y su madre quedaron en la mayor indigencia, privadas de todo recurso. La señora habló á don Ricardo, quien puso por precio de sus servicios la mano de Soledad. Esta se negó y la madre no quiso violentarla. Desde aquel día Soledad trabajaba diez y seis horas al día para mantener la casa y yo la ayudaba siempre que me era posible. Pero la pobreza y los disgustos acabaron con la pobre señora. Sintiendo que ya iba á morirse nos llamó á mí y á su hija, á quien le dijo tomándole la mano y apretándosela con ternura:

—Hija mía, yo te voy á faltar y vas á quedar sola en el mundo; si Enrique estuviese aquí te dejaría encomendada á él, pero nada sabemos de su suerte y sabe Dios si volverá algún día; mientras tanto tú necesitas amparo y protección. Acepta la mano de don Ricardo y moriré contenta.

—Está bien, madre mía — contestó Soledad llorando.

Inmediatamente llamaron á don Ricardo y se le hizo saber que á ruego de su madre Soledad consentía en ser su esposa. El casamiento se hizo al frente de la cama de la moribunda. A los tres días de casada Soledad su madre murió, recomendándole que fuese virtuosa y á don Ricardo que hiciese la felicidad de su hija.

Cuando Marta acabó de hablar los dos esposos quedaron en profundo silencio y al parecer muy conmovidos. Los pasos de un caballo que se adelantaba por el sendero á cuyo borde estaba la cabaña, los sacó de su meditación. Levantaron la cabeza y vieron á un oficial seguido por un soldado que venía en dirección á ellos. El que venía adelante era un joven como de veinte y cuatro años; su fisonomía tostada era grave y severa aunque llena de dulzura. Sus ojos grandes y negros le daban mucha expresión, y su mirada parecía indicar un carácter entusiasta aunque modificado por los azares de la vida. Su pelo negro, el arco de ébano de su bigote y las patillas que rodeaban su rostro acababan por imprimirle el sello de aquella belleza varonil que casi siempre es

el distintivo de las almas bien templadas. Estaba sencillamente vestido con un uniforme azul de cabañería, unas largas botas granaderas, una gorra redonda con un galón de oro, su espada al costado y un pequeño poncho de seda verde forrado en paño de grana.

Cuando el joven llegó frente á la cabaña de los dos ancianos se detuvo y preguntó á Antonio si la casa que se veía más arriba era la de don Ricardo Pérez.

Antonio, en vez de contestarle, se puso algunos instantes á considerarlo, y cuando el joven militar empezaba á impacientarse le dijo con voz conmovida:

—Don Enrique, qué ¿ya no nos conoce usted?

Enrique miró á ambos con atención y dijo al fin:

—¿Será posible? ¡Antonio, Marta! — y apeándose del caballo se arrojó en sus brazos.

—¿Y Soledad? — preguntó Enrique.

—Buena, señor, está allá arriba.

—Voy á verla; hasta luego mis amigos. Vendré con ella á hacer á ustedes una visita.

Y se lanzó casi al galope por el empinado camino en zig-zag que conducía á la casa principal.

CAPITULO VII.

Después de seis años

Hay dos momentos hermosos en la vida: el momento en que uno se separa de una persona que aborrece y el momento en que vuelve á unirse con otra persona que quiere. Enrique iba á gozar del primero. Después de seis años de ausencia iba á volver á ver á Soledad.

Como Soledad lo había dicho á su marido, jamás había tenido por Enrique otro afecto que el de una hermana. Este por su parte le correspondía con un cariño fraternal, aunque más vivo y exaltado y se había familiarizado á su destino la imagen de Soledad. Pero no podía llamarse propiamente amor lo que sentía por ella. El amor es como esas flores que sólo brotan en medio de los rugidos de la tempestad. Una vida tranquila, un camino sin tropiezos, más bien lo amortiguan que lo vivifican. Es por esto que muy rara vez se vé que dos jóvenes de distinto sexo que se han criado juntos llegan á inspirarse una profunda pasión. Pero luego que Enrique se separó de la compañera de su infancia sintió que su recuerdo le conmovía de una manera singular. La tenía siempre presente en sus sueños y en sus largas horas de meditación sólo de ella se ocupaba. Entonces empezó á amarla verdaderamente, y aquel amor nacido lejos del objeto amado echó cada día raíces más profundas

en su corazón. Así fué que la noticia del casamiento de Soledad fué un golpe mortal para el pobre Enrique. Sin embargo, su aflicción fué atenuada en parte conociendo al marido. No creía que ella le amase y esto evitaba el tormento de los celos. Esperaba volverla á ver algún día y consagrarla un amor puro y desinteresado y embalsamar su existencia con los suaves perfumes que había atesorado en su alma para quemarlos á sus pies. Poseído de estos sentimientos había regresado del Perú é iba á volver á ver á Soledad.

Al acercarse á la casa su corazón latía con más violencia. Llegado que hubo al patio preguntó por la señora y habiéndosele contestado que estaba en la sala se hizo conducir á ella. Cuando entró en el salón estaba sentada frente al piano tocando el acompañamiento de la canción de la Estrella. Al sentir los pasos de Enrique levantó la cabeza, fijó en él los ojos por un momento y levantándose inmediatamente se arrojó en sus brazos, exclamando :

—¡ Enrique, te esperaba !

—Soledad, este momento me compensa de todas mis fatigas y sufrimientos — la dijo Enrique, besándola en la frente.

Después de hacerse varias preguntas recíprocas, fueron á sentarse juntos en un sofá. Entonces, por primera vez, Enrique pudo fijar su atención en la persona de Soledad. Ya no era la niña tierna y juguetona que había dejado. La juventud con todo el lujo de sus formas había reemplazado á la infancia ; su semblante nublado por el dolor era más hermoso

y más grave, y el metal de su voz tenía aquella armonía que sólo adquiere la mujer después de los diez y seis años. La realidad que tenía presente excedía á los sueños de su imaginación y entonces se sintió más apasionado que nunca.

Soledad admiraba, por su parte, con abandono, la belleza varonil de Enrique y en aquel momento los recuerdos de su infancia se presentaban á sus ojos adornados de los más ricos colores. Miraba á su amigo con cierta especie de respeto y sentía en aquel momento un placer mayor que el que hubiera experimentado al volver á abrazar á un hermano.

Después de algunos instantes de silencio y de recíproca contemplación, Enrique tomó la mano de Soledad y la apretó entre las suyas.

—Mi querida Soledad — la dijo — ¿eres feliz?

—Sí, Enrique — contestó ella — después que te he visto.

—¿Y antes no?

Soledad suspiró.

—¡Ah! ese suspiro me dice lo que yo me había dicho muchas veces con dolor. Soledad no es feliz. ¡Pobre amiga mía! Tú habías nacido para la felicidad, pero el dolor que veo esparcido en tu frente me anuncia que no la has alcanzado sobre la tierra. Pero hoy tienes un corazón donde depositar tus dolores, un seno donde descansar tu frente y unos brazos que siempre estarán abiertos para tí. Hallarás en mí el afecto de un padre, la solicitud de una madre, el cariño de un hermano y...

Aquí se detuvo porque temió traicionarse.

—Gracias, hermano mío, por esto te esperaba porque necesitaba un corazón amigo en quien depositar mis amarguras. Sí, á tí te lo diré todo, porque á tí te puedo abrir mi corazón como á Dios. No soy feliz, soy muy desgraciada. Sabes ya de qué modo fui conducida al altar, cediendo á los desos de mi madre moribunda. Desde entonces mi vida ha sido un perpetuo combate, y yo no he tenido una sola hora de placer, hasta ahora que te he vuelto á ver, mi querido Enrique.

—Tus palabras me causan remordimientos, mi querida Soledad, porque me hacen sentir que jamás te debí haber abandonado. ¡Ah! yo te hubiera hecho tan feliz! Hubiera protegido tu vida sembrando de flores el camino que debías atravesar. Falté al deber que Dios y tu padre me habían impuesto y hoy sufro el merecido castigo encontrándote desgraciada.

—¡Cómo ha de ser, Enrique, si Dios lo ha querido así! Tú fuiste á llenar un deber más sagrado aún, y hoy vuelves cubierto de gloria, después de haberlo cumplido con honor. Siento un verdadero orgullo al volverte á ver así, y hoy como nunca me parece que mi corazón se habre á la dicha y la alegría. Dios me debía esta compensación después de tantos años de sufrimientos.

—Querida mía ¿y tu marido no está en casa? Quisiera saludarlo.

—Ha salido á cazar con un amigo y no tardará en volver.

—Dime, Soledad, ¿tu marido te trata del modo que tú mereces?

Soledad bajó la cabeza y nada contestó.

—Dímelo, Soledad, porque si creyese lo que tu silencio me dice, te protegería como si fueses mi hija, y sería capaz de hacer pedazos al infame que te tratase mal, dijo Enrique con el fuego de la cólera en los ojos.

—No, Enrique, no me trata mal, pero me atormenta pidiéndome un amor que no puedo darle, y esto trae cada día escenas violentas que han amargado mi existencia desde el primer momento de nuestra unión.

—Bien suponía que no podías amar á tu marido. ¿Pero no has sentido jamás la necesidad de amar? ¿No has amado nunca?

Soledad se ruborizó y ya iba á contestar cuando se abrió la puerta del salón y entraron don Ricardo y Eduardo en traje de cazadores con sus escopetas en la mano.

Don Ricardo, con el instinto de los celos, reconoció inmediatamente á Enrique, aunque sólo conservaba un recuerdo confuso de su rostro.

Enrique por su parte se levantó inmediatamente y presentó con cordialidad su mano á D. Ricardo que éste tomó con visible frialdad. En seguida lo presentó á Eduardo. Los dos jóvenes se reconocieron inmediatamente por dos enemigos, y desde la primera mirada que cambiaron una antipatía recíproca se despertó en ellos.

Parece que la antipatía nos hubiese sido dada por el cielo para suplir lo incompleto de nuestras facultades: la virtud presente por medio de ella el vicio de quien debe huir, y el malvado es advertido por el mismo sentimiento que está delante del justo que lo ha de castigar.

CAPITULO VIII.

Diario de Soledad

Hacia cuatro días que había llegado Enrique y seis que Soledad había dicho á Eduardo que le amaba. Después de la llegada del primero se sentía turbada y ella misma no sabía cómo explicarse sus sentimientos. En el fondo de su corazón había una lucha cuya causa aparente no se la había revelado aún.

Soledad viviendo retirada y condenada á una vida de martirio había buscado algún entretenimiento que la distrajese de las contrariedades de su existencia. Este entretenimiento lo había encontrado en llevar un diario, del que hacía su amigo y confidente, comunicándole á él solo los sentimientos y los dolores que ocupaban su alma. Copiaremos algunos fragmentos de estas memorias íntimas que nos revelarán mejor que nada los sentimientos de su corazón.

“Le he dicho que lo amaba. Dios me perdone si he cometido un pecado, pero yo tenía necesidad de amar y no he podido resistir á la elocuencia de su

pasión y al fuego de sus miradas. Pero espero que Dios me perdonará porque un amor tan puro y tan santo como el nuestro no puede ofenderle. Después de tantos años de amargura su amor ha caído sobre mi corazón como un rocío del cielo y lo ha refrescado. ¡Quiera el cielo que tanta felicidad sea durable!

“¡Dios mío! ¡ilumina mi mente con un rayo de tu luz! no sé lo que pasa en mí. Ayer estaba tranquila y era feliz. Hoy me devora el remordimiento y Eduardo me causa miedo. Creo que Eduardo no me ama del modo que yo había soñado; me parece que su pasión no es tan pura y desinteresada como yo me lo había imaginado. ¡Ah! salir una vez, una sola vez del camino del deber para sufrir un desengaño tan cruel! Pero tal vez me engaña mi imaginación extraviada, tal vez las palabras de Eduardo no tienen el sentido que yo les he dado. ¡Oh, si no ha de ser así, que Dios me reciba en su seno cuanto antes! ¿Cuándo vendrá Enrique? Ha llegado Enrique. ¡Qué hermoso y qué cambiado está! ¡Qué bien le sienta el uniforme!

“Creo que los pocos momentos de conversación á solas que he tenido con él han sido los más felices de mi vida. Cuando él me preguntó si había amado, se lo iba á confesar todo, pero la presencia de Eduardo y mi marido me lo impidió. Desde entonces acá me parece notar que evita el hallarse solo conmigo. ¿Habrá adivinado tal vez que amo á Eduardo? Tal vez sí, porque noto entre ellos mucha frialdad.

“¡Dios mío, qué feliz hubiera sido con Enrique!

Yo le habría amado con todo mi corazón, y él también me hubiera amado á mí, y entonces no hubiese sentido la necesidad de amar á un extraño.

“¿Qué debo pensar de la conducta de Enrique? Pero soy una loca en ocuparme de esto; él procede de este modo conmigo porque no puede amarme sino como á una hermana, y por eso es frío y reservado conmigo. Sin embargo, me parece que en el primer momento en que nos vimos me hablaba de otro modo y otro acento de voz. Además me parece que está triste. ¿Será tal vez algún amor que ha tenido que abandonar? ¡Ah! no lo quiera Dios. Le amo solo como á un hermano, que estoy celosa de ese cariño que solo anhelo para mí. Pero ¿por qué le exijo lo que yo no le doy en cambio? Soy una egoísta, pero sabe Dios que por muchos años para él solo he guardado las afecciones de mi corazón, y que se las consagraría aún si él. . . pero ¿qué voy á decir, Dios mío? ¿Es posible que pueda amarle con un afecto más vivo que el de hermano? Hay momentos en que lo creo así. Ayer fuimos juntos hasta la Cuesta de Marta, y durante el camino iba extasiada en oír su voz. ¡Habla tan bien y con tanta suavidad!—Me contaba sus campañas y yo derramaba lágrimas de ternura al oírselas referir. ¡Qué hermoso debe ser el ser amada por un héroe!

“A la noche estuvimos reunidos en el salón. Enrique como de costumbre estuvo grave y melancólico. Eduardo como siempre amable y elocuente. Al comparar á estos dos hombres de carácter tan opues-

to me parecía algunas veces que amaba á Enrique, pero Eduardo me arrastraba con su mirada de fuego y su mágica palabra. ¿Será que pueda amarse á dos hombres á la vez?

“Aunque hasta ahora no me ha dicho nada, conozco que mi marido está celoso de Enrique, y que le disgusta su permanencia.

“Enrique creo que lo ha conocido, pero no se da por ofendido ni me ha expresado el deseo de irse pronto. Extraño mucho este proceder en su carácter fogoso. Creo que medita algo, aunque no puedo adivinar qué.

“Todo el día de hoy lo he pasado en el campo, y Eduardo ha estado conmigo toda la mañana, leyendo algunas cartas de la Nueva Heloisa ó dirigiéndome algunas dulces palabras de amor. Creo que me había equivocado calificando su pasión de bastarda é interesada. El modo cómo ha hablado hoy no me deja ninguna duda.

“Mañana es el día de mi cumpleaños y mi marido se ha empeñado en festejarlo convidando á todos los vecinos de los alrededores, á pesar de mi resistencia. Lo espero con ansia sólo por los regalos que me harán Enrique y Eduardo.”

CAPITULO IX

El baile

Era el día en que Soledad cumplía diez y nueve años. El cielo estaba azul y sereno, y la atmósfera tibia y perfumada parecía que acariciaba con su contacto, como si Dios quisiera festejar el aniversario del nacimiento de una de sus más bellas hechiceras. Habían dado las diez de la mañana y Soledad se hallaba en el salón. Pocos momentos después entraron Eduardo y Enrique. El primero puso en manos de Soledad un hermoso ramo de flores con una tarjeta pendiente de una cinta en la que se leía: — “Aunque todas son bellas, ninguna tan bella ni tan fragante como la flor que llaman Soledad, al engalanarse con una hoja más en el jardín de la vida”. Enrique presentó un sencillo ramo de violetas, que en aquel clima tan suave se desarrollan extraordinariamente y exhalan una fragancia exquisita. Estaba envuelto por un papel atado con una seda negra. Soledad desenvolvió el papel y leyó en él los siguientes versos escritos por Enrique, que como hemos visto ya, solía quemar incienso en el altar de las musas:

Entre sus hojas oculta
Humilde vive discreta
La suavísima violeta
Símbolo de honestidad.
Con sus colores, tu frente

Quiero adornar en tu día,
Porque cual tú, hermana mía,
Perfuma la soledad.

Soledad tenía un ramo en cada mano, y los miraba alternativamente. Al fin dió las gracias por ellos acompañando sus palabras de miradas acariciadoras, y al cabo de algunos instantes se retiró á su habitación.

Llenó de agua fresca dos pequeños floreros de porcelana, y colocó en ellos las flores con el mayor cuidado. Volvió á leer en seguida la tarjeta y los versos, y sus ojos parece que se detuvieron con más amor en los últimos.

Mientras tanto todo en la casa anunciaba una fiesta y el tiempo trascurría ocupándose sus habitantes de los preparativos de ella. A las tres de la tarde llegaron las damas y caballeros de los alrededores que habían sido convidados á ella. Cuando todos estuvieron reunidos pasaron al comedor donde se les sirvió una suntuosa comida, la que se prolongó hasta cerca de la oración en medio de los brindis y la alegría que comunica el vino aún á aquellos más apáticos. En la mesa se veían las frutas de los trópicos, el café, producto del mismo local, y los helados helechos con la nieve del Illimaní. Terminada la comida pasaron al salón que resplandecía de luces.

La reunión era bastante numerosa para el campo, pues se veían en ella como veinte damas y un número más crecido de hombres. Había todos los elementos para improvisar un baile, y á invitación de los jóvenes, inmediatamente se dió principio á él.

Soledad estaba vestida de blanco, como de costumbre. En su seno se veía un hermoso ramo de violetas, y sus cabellos peinados en dos fajas sencillas, que se recogían en la parte posterior de su cabeza, estaban adornados con un jazmín y una rosa tomadas del ramillete de Eduardo. Cecilia estaba sentada á su lado, hermosa pero melancólica. Las demás jóvenes poco ofrecían de notable, y era mucho ya que entre veinte hubiese dos que se pudiesen llamar bellas.

Entre los hombres descollaban Enrique y Eduardo. El primero sencillamente vestido con un uniforme todo azul, sin más adorno que las condecoraciones que había ganado sobre el campo de batalla, pendientes sobre el pecho. Parecía melancólico, y paseaba su vista por toda la reunión, pero observándolo con atención se notaba que algunas veces la fijaba con amor en Soledad y con rabia en Eduardo. Este estaba elegantemente vestido, y como siempre, se manifestaba alegre y amable con las damas.

Los primeros sonidos del piano acabaron de animar á los convidados. Cada cual fué á tomar á su compañera, para bailar el primer minué, con gran regocijo de don Manuel, que veía en este baile un monumento de los antiguos tiempos; y como él correspondía de derecho á los hombres maduros, don Manuel tomó por compañera á Soledad, y don Ricardó á doña Antonia. Así sucesivamente se hizo bailar á las damas el indispensable minué, sin lo cual se hubieran considerado desairadas.

Por fin, terminó el minué con gran contento de los jóvenes é inmediatamente se propuso un vals. Todos los jóvenes menos Enrique, se apresuraron á invitar á una señorita para compañera. Eduardo se dirigió á donde estaba Cecilia y Soledad. El semblante de la primera se animó con una esperanza que bien pronto se desvaneció al ver que Eduardo invitaba á Soledad, á quien condujo á la rueda, sin echar ni una mirada sobre la pobre Cecilia. Enrique que todo lo observaba se llegó inmediatamente á ella y le rogó que fuese su compañera, colocándose en la rueda inmediatamente después de Eduardo y Soledad.

Los primeros compases del piano desataron un huracán de círculos, y el vals empezó á rodar en su mágica esfera. Todos los semblantes se animaron, todos los corazones latieron con más violencia, todos los ojos se encendieron con nuevo fuego, y no hubo un labio que no se entreabriese como para recibir el beso de una boca amada. El vals, que sin duda fué inventado por un silfo enamorado, embriagó á todos y los transportó á una región de amor y de felicidad. Sólo Enrique y Cecilia permanecieron en el mundo real con el oído atento á las palabras de la pareja que les precedía. Por lo que respecta á Soledad había olvidado á Enrique y todo lo que la rodeaba. En aquel momento sólo amaba á Eduardo porque estaba fascinada por sus miradas, y se entregaba con encanto al placer de volar entre sus brazos al compás de una música que entonces le

parecía emanada del cielo. Eduardo comprendió que si no aprovechaba aquel momento para sorprender el pudor de Soledad, pasaría mucho tiempo antes de encontrar una oportunidad igual, y se decidió á dar un golpe decisivo.

—Soledad, ¿me amas? le preguntó en voz baja.

—¿Y tú me lo preguntas, Eduardo? contestó con languidez.

—Dame una prueba de tu amor.

—La que tú quieras, Eduardo.

—Espérame después del baile en la galería.

—¿Tú lo quieres?

—Si nó no creeré en tu amor.

—Está bien, te esperaré, porque confío en tí.

Inmediatamente volvieron á enlazar sus brazos y continuaron el vals con más ardor. Soledad acabó de embriagarse en medio de aquellos voluptuosos jiros y de las palabras de amor que llegaban á sus oídos como los ecos perdidos de una música lejana. El calor producido por tantas personas acabó por encender su sangre, y no le dió tiempo ni de arrepentirse ni de reflexionar sobre su imprudente promesa. Mientras tanto Enrique y Cecilia habían adquirido la certidumbre de su desgracia, porque nada afina el oído como los celos.

Al primer vals siguieron otros muchos, y cuando los convidados quisieron retirarse ya eran las tres de la mañana. Muchos de ellos se quedaron á dormir en la casa, pero otros prefirieron retirarse á sus haciendas porque estaban muy inmediatas. Al

número de los primeros pertenecía don Manuel y su familia.

Pocos momentos después de terminado el baile reinaba en la casa el más profundo silencio, que sólo era interrumpido por el triste susurro de las hojas y el murmurio de las aguas que se precipitaban entre peñas hasta descender al valle.

CAPITULO X

El Angel de la Guarda

Antes de retirarse del salón del baile Eduardo se acercó á Soledad y la dijo al oído:

—Dentro de media hora.

Soledad contestó con un signo afirmativo de cabeza, y se dirigió á su costurero. Antes de llegar á la puerta de él levantó la cabeza y se encontró con la mirada severa de Enrique.

Había en ella una expresión tan dolorosa y tan terrible que Soledad no pudo menos de estremecerse.

—Buenas noches, Soledad, le dijo Enrique con voz sorda.

—Buenas noches, Enrique, y se apresuró á entrar.

Una vez que se vió sola se acostó en un sofá y se tapó la cara con ambas manos. La mirada severa de Enrique la había despertado de su sueño de amor y de embriaguez, y las impresiones voluptuosas del

vals se habían borrado como caracteres trazados en la arena que el más leve viento hace desaparecer. En un momento de embriaguez había hecho una imprudente promesa de la que se arrepentía amargamente. Sin embargo se resolvió á ir á la cita confiando en sus propias fuerzas. La infeliz no reflexionaba que la misma embriaguez que la había arrastrado á dar una cita peligrosa, podía también arrastrarla á cometer una falta irreparable.

El reloj marcaba las tres y cuarto. Soledad se envolvió en un ancho pañolón de seda para precaverse del aire fresco de la noche y se dirigió á la galería, por la puerta que ya conocemos. La noche estaba hermosísima y millares de estrellas brillaban en el cielo. Soledad echó una mirada hacia la bóveda celeste y la tranquilidad que reinaba en ella se comunicó á su alma, porque se hallaba en aquella disposición de ánimo en que todos los objetos inanimados de la naturaleza tienen un lenguaje que el corazón comprende y se ponen en comunicación con la criatura. Al bajar Soledad sus ojos, que había fijado en el cielo, vió delante de sí á un hombre. Su primer movimiento fué dar un grito y luego se contuvo acordándose de Eduardo. El hombre se acercó á ella y le tomó la mano.

—¿Qué haces aquí, Soledad? le dijo.

—¡ Enrique!

—¿No temes que después de salir acalorada de la sala de baile el aire de la noche te haga mal?

—No, Enrique. ¿Y tú qué hacías aquí?

—Antes de irme á acostar quise gozar un poco, de este aire tan puro y de esta vista hermosa, aunque envuelta por las sombras de la noche.

—¿Y nada más, Enrique?

—Nada más, querida mía.

—¿Y por qué crees que á mí me haga mal el aire de la noche y á tí no?

—Yo estoy habituado á los duros trabajos de la guerra, y por muchos años la bóveda estrellada ha sido mi único techo. Tú no; eres una niña delicada y me darías gusto si te retirases.

—Pero si estoy bien aquí.

—No, Soledad, hazme el gusto en esto.

—Enrique, tú me ocultas algo.

—Te aseguro que no.

—Tú lo sabes todo.

—No te entiendo, Soledad.

—Sí, tú lo sabes todo.

—Pues bien: ya que no puedo ocultártelo, te diré que lo sé todo. Quiero salvarte y salvar tu inocencia. Yo seré el angel de tu guarda y te sacaré fuera de las manos de tu seductor, porque, Soledad, yo te amo. . . .

—¡Cielo santo! y yo no lo sabía.

—Sí, Soledad, te amo. . . . como á una hermana. Retírate que la hora se acerca.

—Gracias, Enrique. Adiós.

—¡Adiós!

Soledad se retiró precipitadamente á su habitación, y Enrique se ocultó detrás de una de las pi-

lastras de piedra de la galería. A pocos momentos de estar allí sintió un ligero ruido en el jardín. Dirigió la vista hacia abajo y vió un hombre que trepaba un árbol cuyas ramas venían á caer hasta el interior de la galería. Cuando estuvo á la altura de ella trajo á sí uno de los gajos más robustos, y asiéndose de él se dejó caer al interior, precisamente á algunos pasos de Enrique. El hombre que así entraba era Eduardo. No viendo á nadie en la galería se dirigía hacia la puerta de la habitación de Soledad, cuando Enrique lo detuvo, poniéndosele delante:

—¿Adónde va usted? le preguntó con tono imperioso.

—¿Y quién es usted para hacerme tal pregunta?

—Quien tiene el derecho para hacerla.

—¿Ah, es usted! Ya no extraño que tenga usted derecho de velar el sueño de la señorita Soledad.

—¿Se atrave usted á ultrajarla de ese modo?

—Veo que esta noche ha sido usted más feliz que yo, pero espero que me llegará mi turno.

—Caballero, retírese usted. Me son conocidas sus depravadas intenciones, y espero que me responda usted de las palabras insultantes que acaba de proferir.

—¿Enhorabuena! Y al mismo tiempo, asiéndose de la rama que le había servido para introducirse á la galería, volvió á trepar al árbol, del que descendió rápidamente y se dirigió al interior del huerto con la rabia en el corazón. No tardó Enrique en seguirle por el mismo camino.

CAPITULO XI

El Amor y el Egoismo

Apenas había dado Enrique algunos pasos cuando sintió un ligero rumor entre los árboles. Avanzando un poco más oyó distintamente la voz de algunos que hablaban, y muy luego se le presentaron dos personas. La una era una mujer y la otra un hombre. Su corazón latió con violencia, y permaneció como petrificado. No fué la curiosidad la que le movió á quedarse, sino el deseo de cerciorarse de su desgracia.

—Cecilia — decía el hombre — ¿estás loca?

El pecho de Enrique se ensanchó y sólo entonces pudo respirar con más libertad.

—No, Eduardo, no estoy loca. Por mucho tiempo he sido crédula, pero hoy no puedo negarme á ver la realidad. Tú amas á esa mujer y me has engañado infamemente. Me has perdido, y hoy me niegas una mano que podía sacarme del abismo en que me encuentro.

Enrique creyó que había oído demasiado y se retiró discretamente con dirección hacia el estanque para entregarse á sus meditaciones. La exclamación de Soledad le había revelado un nuevo mundo de luz y de armonía, y su corazón se había abierto á la esperanza.

Entretanto Cecilia y Eduardo continuaban su diálogo:

—¿ Conque no das crédito á mis palabras?

—¡ Ah! exclamó Cecilia con amargura; por darles entera fe, por creer que tu corazón era capaz de abrigar sentimientos de delicadeza y de amor, me entregué con todo el abandono de la juventud. Hoy no te pido amor, Eduardo, sólo te pido que salves á tu hijo y evites á mis padres la amargura del deshonor. Te lo pido de rodillas; no me des cariño, sé libre, y ama á esa mujer, pero salva á nuestro hijo.

Cecilia se arrodilló anegada en lágrimas á los pies de Eduardo, y éste se esforzó en vano por levantarla.

—Pero, Cecilia, ¿ cómo publicar tu deshonor á los ojos del mundo? No sería mejor esperar, cubrir esta falta á que has sido arrastrada por un amor de que no debes avergonzarte y luego pensar en los medios de repararla? Reflexiónalo con calma...

—¡ Ah, tú reflexiones y me pides calma! Eduardo, por la última vez, salva á nuestro hijo.

—Bien, no tengo otro medio que el que te he propuesto.

—¿ Y ningún otro?

—Ninguno, porque quiero salvar tu decoro, antes que todo.

—Bien está — dijo Cecilia, levantándose con calma y dignidad; — me equivoqué dirigiéndome á tus sentimientos de honor. No habías tenido alma ni corazón; eres un infame, un miserable....

—¡ Cecilia!

—¿Qué me importa la colera de un cobarde? sí, porque es un cobarde el que así engaña y abandona á una mujer.

—Pero, Cecilia, piensa que lo hago por tu interés.

—Eres muy dueño de hacer lo que te parezca. Por lo que á mí toca sólo siento haberme humillado á los pies de un hombre que no tiene ni piedad, ni ideas de caballero.

—Pues bien, que sea, ya que así lo quieres; desde hoy quedan rotos los vínculos que ños unían. Nada soy para tí.

—Sea, y la maldición del cielo caiga sobre tu cabeza.

—Adiós, Cecilia; no estoy dispuesto á sufrir tus insultos.

—Cuando algún día sientas remordimientos acúsate á tí mismo por tu vil proceder. Adiós.

Eduardo volvió la espalda á Cecilia y se dirigió hacía la casa. Esta quedó inmóvil en el sitio que la había dejado. Sus rodillas flaquearon y cayó de nuevo hincada, levantando al cielo sus ojos con dolor. Jamás creyó que el alma de Eduardo pudiese abrigar tanta bajeza y egoísmo y por primera vez conoció toda la extensión de su amor, al sentir que él era mayor que su desprecio.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — dijo oprimiéndose la cabeza con ambas manos — yo voy á cometer un crimen. ¿Qué haré? El me abandona y yo jamás revelaríá mi ignominia á mis padres. ¿Qué me resta

sino morir? Dios mio, detenme en el borde de este precipicio porque voy á cometer un gran crimen.

A medida que hablaba, su desesperación se hacía mayor. Se torcía los brazos y se revolcaba sobre la yerba. Por último, como impulsada por una voluntad superior á la suya, se levantó súbitamente y se dirigió corriendo á lo más espeso del huerto. A pocos momentos se oyó el ruido de un cuerpo pesado que caía en el agua y por un instante todo quedó en silencio.

Enrique, que estaba apoyado contra el murellón del estanque, volvió la cabeza al ruido que sintió á su espalda, y vió una forma blanca que sobrenadó un momento sobre la superficie del estanque, y luego desapareció. Enrique se arrojó inmediatamente al estanque, porque comprendió que aquello era un suicidio. El agua le daba por la garganta. Se dirigió hacia el paraje donde había visto caer el cuerpo y desaparecer. Hacía algunos segundos que buscaba vanamente, y ya desesperaba de encontrarlo, cuando sus rodillas tropezaron con un objeto que oscilaba bajo las aguas. Extendió sus brazos para tomarlo y sintió dos manos crispadas que lo oprimieron como dos anillos de hierro. Usando de todas sus fuerzas consiguió levantarlo hasta la superficie del agua, y al fulgor de la luna que en aquel momento salía de detrás de una nube, reconoció la cabeza de una mujer. Aquella mujer era Cecilia. Era la misma que esperaba encontrar.

Enrique se apresuró á sacarla del estanque, y

subió con ella una escalera de piedra que servía para bajar á él. Acercó sus labios á los de ella y sintió una ligera respiración que se escapaba de su pecho. Entonces, seguro de que respiraba, la condujo á la casa, y fué á golpear á la puerta del cuarto de Eduardo. Este le abrió inmediatamente, y al llegar al umbral retrocedió espantado.

—Caballero, le dijo á Eduardo con acento solemne: he aquí la obra de usted. Ayúdeme usted á preparar á sus padres.

—¿ Ha muerto ?

—No, vive aún, pero sólo Dios puede responder de su vida. Llame usted inmediatamente al médico de Cotaña que se ha quedado aquí, mientras yo llevo esta infeliz á sus padres.

Eduardo obedeció como un siervo, subyugado por el acento imperioso de Enrique, mientras éste pasaba á la habitación de los padres de Cecilia, que estaban ya recogidos. La puerta estaba abierta, porque sin duda Cecilia al salir la había dejado así. Enrique puso á Cecilia á un lado del corredor y en seguida llamó. Pocos momentos después se presentó don Manuel y Enrique lo preparó suavemente á la noticia que le iba á dar, y por último le dijo que paseándose su hija por el borde del estante, había resbalado y caído al agua, pero socorrida inmediatamente sólo había sufrido un desmayo, del que pronto se repondría, y en seguida tomando en sus brazos el cuerpo de Cecilia, entró en la habitación y la colocó sobre un sofá. Don Ma-

nuel estaba como herido por un rayo. Al ruído que había en la habitación salió la infeliz madre y se encontró con el cuerpo empapado de su hija, que en el primer momento creyó muerta. Se arrojó sobre ella y la cubrió de lágrimas y de besos.

Pocos momentos después entró Eduardo con el médico. Este, después de darle los primeros socorros, dijo que no había nada que temer y se retiró acompañado de Enrique, dejándola en la cama. En cuanto á Eduardo los remordimientos lo devoraban. El amor inmenso de aquella niña había conmovido por fin su corazón empedernido, y permaneció á su cabecera hasta que abrió sus hermosos ojos, y los fijó en él con el delirio de la fiebre.

—¡Perdón, padres míos... — exclamó — Eduardo... salva á mi hijo... yo voy á cometer un crimen... ¡ay! esta agua está helada... yo no puedo vivir... y volvió á caer en su letargo.

Volvieron á llamar inmediatamente al médico, y cuando la aurora brillaba en el horizonte, Cecilia había dado á luz un feto, que para felicidad suya jamás conoció lo que era luz.

CAPITULO XII.

Generosidad y arrepentimiento

Eduardo se retiró á su habitación sumamente agitado. Parecía como que luchaba en adoptar una gran resolución. Por una parte su orgullo estaba ofendido en lo más delicado, y quería satisfacerlo; por otra se sentía conmovido con la situación de Cecilia y quería reparar su mala conducta. Después de dar algunos paseos por la habitación, se dirigió de repente á sus pistolerías, sacó las pistolas, examinó la cebera, y envolviéndose en su capa fué á golpear á la puerta de Enrique. Serían como las siete de la mañana. Enrique abrió la puerta é invitó á Eduardo para que pasase adelante. Eduardo entró y permaneció de pie en medio de la habitación.

—Caballero — dijo al fin — me ha exigido usted anoche una reparación y vengo á ofrecérsela. Y diciendo esto desembozó su capa y puso las pistolas sobre una mesa.

—Cierto es, caballero, pero me parece que en estos momentos tiene usted deberes más sagrados que llenar que el de darme una satisfacción.

—Esas son cuentas mías y no permito á nadie que se mezcle en ellas.

—En hora buena, caballero, pero hice sólo la observación por su usted se consideraba comprometido por su delicadeza, en que fuese lo más pronto posi-

ble, porque juzgase que yo podría interpretarlo de una manera desfavorable para usted.

—Admito la explicación, pero estoy resuelto á que sea ahora mismo.

—En hora buena, caballero. ¿Las armas?

—Aquí están.

—Son también las mías.

—Tome usted sus pistolas.

—Me dará usted una de las suyas.

—Con mucho gusto.

—¿Testigos?

—Nosotros mismos.

—En hora buena.

—Y por si uno de los dos llega á morir dejaremos una carta escrita para que se atribuya á un suicidio.

Eduardo y Enrique escribieron á la ligera algunos renglones. El segundo la dejó doblada sobre la mesa, y el primero fué á llevarla á su cuarto, después de haber convenido con Enrique que se reunirían á los fondos de la puerta de Marta.

Ambos hicieron ensillar y salieron con muy corto intervalo uno de otro. Enrique llegó primero á la cita, y echando pie á tierra ató su caballo á un árbol. Pocos momentos después llegó Eduardo é hizo la misma operación.

—¿Sus condiciones de usted?—preguntó Eduardo.

—Las de usted — contestó Enrique.

—Bien. Nos pondremos á cincuenta pasos, y en seguida marcharemos el uno sobre el otro, á hacer fuego á la voluntad.

—Convenido.

Inmediatamente midieron cincuenta pasos, prepararon sus armas y se pusieron á marchar el uno sobre el otro presentándose el cañón de sus respectivas pistolas. Eduardo tenía los ojos encendidos, pero Enrique estaba tranquilo y nada anunciaba en él ninguna agitación. Cuando Eduardo estuvo como á veinticinco pasos, se detuvo un momento, bajó un poco la puntería de su arma y disparó. El humo que produjo le impidió ver por el momento el resultado. Luego que se hubo disipado vió que su contrario llevaba su mano derecha á la parte superior del brazo izquierdo y que su mano derecha estaba bañada en sangre. La puntería había sido al corazón. Luego que Enrique se hubo sobrepuesto á sus dolores, volvió á tomar su actitud tranquila, y marchó sobre Eduardo con aire amenazador, quien había quedado como clavado en su puesto. Cuando estuvo á su lado, Eduardo casi tuvo miedo, é iba á exclamar ya: —Es un asesinato, cuando Enrique habló:

—No es mi objeto abusar de la ventaja que la casualidad me ha dado, y por otra parte, quitándole á usted la vida sumiría á toda una familia en el dolor. Viva usted para reparar su falta y llenar el deber sagrado que esa desgraciada exige de usted.

Al decir estas palabras disparó su pistola al aire.

—Caballero — contestó Eduardo con visible emoción — Quiero que usted crea que la resolución de reparar mi falta la había hecho antes de ahora, y su generoso proceder de usted es un motivo más para que persista en ella.

Mientras duraba este diálogo, la herida de Enrique había estado desangrándose y sintiendo que le faltaban las fuerzas se dejó caer de rodillas en el suelo. Eduardo se apresuró á socorrerle y le vendó la herida con su pañuelo. En seguida le ayudó á montar á caballo y juntos se dirigieron á la casa. Llegados allá lo condujo á su habitación y llamó al médico, quien inmediatamente reconoció la herida y vió que no había dañado el hueso, seguro de lo cual le puso unas hilas que sacó de su cartera, y le comprimió con un vendaje.

Eduardo llamó al soldado de Enrique para que lo cuidase y salió junto con el médico recomendándole el mayor secreto sobre todo lo que había sucedido en la noche, lo mismo que sobre la herida de Enrique.

Pasó á su cuarto y escribió la siguiente carta:

“*Señorita:*

Un deber sagrado me lleva hoy á pedir á sus padres la mano de mi prima Cecilia, á quien amo.

¿Quiere usted olvidar todo lo que ha pasado entre nosotros y perdonarme este momento de error á que fui arrastrado por un deseo culpable?

Deseo que sea usted feliz como lo merece, y que conserve de mí un recuerdo grato.

Eduardo.’’

Escrita esta carta la hizo entregar á la criada de

Soledad para que se la diese á su ama, y en seguida se dirigió á la habitación de los padres de Cecilia, con la satisfacción pintada en la frente. Las virtudes nativas que Dios había arrojado en su corazón germinaban al fin, y el hombre de mundo se despojaba de los vicios ficticios que la sociedad le había inculcado.

CAPITULO XIII.

Un mes después

La capilla de la casa de don Ricardo estaba toda enlutada, pues todas las haciendas de campo en Bolivia tienen indispensablemente su oratorio. En el centro de ella se veía un ataúd, cubierto de un paño negro rodeado de cirios funerales. El capellán de la casa recitaba el oficio de los muertos que todos los circunstantes oían con el mayor recogimiento. Don Ricardo Pérez había entregado su alma á Dios, era su cadáver el que reposaba en aquel ataúd, y sus exequias fúnebres las que se celebraban en aquel momento.

La edad, los padecimientos naturales y los ejercicios violentos á que se entregaba, habían minado su salud y enervado la potente organización de don Ricardo. Como sucede á todas las constituciones vigorosas, la decadencia de su salud se manifestó inopinadamente, y al otro día del santo de Soledad se vió

postrado en cama. Don Ricardo conoció pronto que no se volvería á levantar de ella, y se preparó á morir con cristiana resignación.

Desde el momento que cayó en cama, Soledad se consagró toda entera á su marido, y le prodigó todas aquellas atenciones, cuyo secreto sólo poseen las mujeres, y con los que endulzan los últimos momentos del moribundo, ó alivian los dolores del enfermo.

Enrique acompañaba siempre á Soledad en el cuidado del enfermo. Muchas noches mientras don Ricardo descansaba, los dos jóvenes velaban á la luz de la lámpara, y conversaban en voz baja. Aquellas conversaciones solían prolongarse hasta la madrugada, y cuando la luz de la aurora penetraba por los cristales, les parecía como á Romeo y Julieta, que amecía muy temprano. Ni uno ni otro había dejado escapar una sola vez la palabra amor; pero antes que sus labios hubiesen dejado escapar el secreto que guardaban, sus corazones se habían entendido. Hablaban de sus padres, de los recuerdos de su infancia, de sus proyectos para el porvenir, y de otras mil cosas sin interés ninguno para el lector, pero que para ellos era todo un mundo en que vivían, gozaban y amaban.

Don Ricardo por su parte se sentía consolado al verse rodeado con tanta solicitud por aquellos dos jóvenes á quienes había hecho tanto mal.

Su antipatía para con Enrique se disipó del todo, y fué reemplazada por un sentimiento de amistad y benevolencia, que le hacía grata su sociedad.

Sólo el placer de estar constantemente al lado de Soledad podía hacer sobrellevar á Enrique las fatigas que se imponía. Porque apenas empezaba á sanar de su herida, y llevaba aún el brazo en cabrestillo. Sólo Soledad sabía el modo cómo Enrique había sido herido; los demás lo creían efecto de una caída del caballo, porque así lo había dicho él.

Cuando don Ricardo sintió que era llegado su último momento, llamó á su lado á Enrique y Soledad, tomó sus manos entre las suyas y los unió con ternura.

—Hijos míos — les dijo con esfuerzo — yo he separado lo que Dios había hecho para unirse; arrastrado por un amor insensato quise unir la juventud con la vejez y Dios me ha castigado. Siento que me quedan pocos momentos de vida y en este trance en que voy á comparecer delante del Ser Supremo, me siento sinceramente arrepentido. Enrique, te encomiendo á Soledad, sé su apoyo y su guía, porque cuando yo le falte va á quedar abandonada en el mundo.... Hijos míos, sed felices.

Enrique y Soledad cayeron de rodillas ante el lecho del moribundo y bañaron de lágrimas sus manos. El anciano se sintió profundamente conmovido, y poniendo sus palmas sobre aquellas dos jóvenes cabezas llenas de bellezas y juventud, les dijo con acento apagado:

—En nombre de Dios... yo os bendigo... hijos míos... Sed felices... Adiós...

Y dejando caer la cabeza sobre la almohada se durmió en el profundo sueño de la eternidad.

Abierto su testamento se vió que dejaba á Soledad heredera de todos sus bienes.

CAPITULO XIV.

La despedida

Ocho días después de la muerte de don Ricardo, Enrique recibió una orden de su coronel de marchar inmediatamente á La Paz á incorporarse á su cuerpo. El disgusto que le causó esta orden fué grande, pero tenía que obedecer. Ordenó á su asistente que preparase los caballos y monturas como para emprender la marcha, y luego se dirigió á ver á Soledad.

Soledad estaba sola en su costurero vestida de luto riguroso. El traje negro y la expresión de melancolía esparcida por su rostro la hacía parecer más bella aún. Cuando Enrique entró en la pieza la encontró en una actitud de profunda meditación. Soledad levantó la cabeza al rumor de sus pasos y le miró con dulzura y con amor, porque nada predispone más al amor que la melancolía. Cuando veais á dos personas tristes á solas, estad seguros de que se hablan de amor.

Enrique se sentó al lado de Soledad, y al cabo de algunos instantes de silencio le dijo :

—Soledad, voy á partir.

—¿ Tú, Enrique ?

—Sí, amiga mía.

—¿ Y me abandonas en estos momentos ?

—Es preciso. He recibido una orden de mi coronel.

—¿Pero no podrías detener tu marcha algunos días más?

—Imposible.

—En tal caso, que sea lo que Dios quiera.

—Pero pronto nos volveremos á ver, mi querida Soledad.

—Quiera el cielo que así sea.

—Me es sumamente doloroso tener que dejarte en estos momentos tan amargos para tí, y sobre todo teniendo sobre mí el sagrado deber de ser tu guía y tu apoyo.

—Sí, Enrique, tú lo serás, porque no me queda en el mundo más persona querida que tú, y si tú me faltases, mi vida sería muy triste.

—Adiós, Soledad — dijo Enrique con una voz cargada de lágrimas, espero que pronto nos volveremos á ver.

—Adiós, Enrique — dijo Soledad, pudiendo apenas contener sus lágrimas.

Después de estrechar la mano de Soledad, Enrique se dirigió á la puerta, pero antes de pisar el umbral volvió la cabeza y vió á Soledad anegada en lágrimas, que le miraba con una expresión tan profunda de amor y de tristeza, que no pudiendo resistir al imán de aquella mirada encantadora, se acercó á ella y sin tener la conciencia de lo que hacía la estrechó contra su corazón é imprimió sobre su frente un beso de amor.

Soledad, poseída del mismo sentimiento, se entregó con abandono á las caricias de Enrique, porque hay momentos en que las conveniencias del mundo ceden su lugar á las verdaderas emociones.

—Te amo, Soledad, aunque nunca te lo he dicho — dijo Enrique con voz apasionada — jamás te he dejado de amar, y hoy que puedo decírtelo me parece que es el día primero de mi vida, porque es mi primer día de felicidad.

—¡Ah, Enrique! Yo lo había adivinado.

CAPITULO XV.

Epílogo

Un año después de los sucesos que acaban de leerse, se veían en la misma galería que ha sido teatro de algunos de ellos, á dos jóvenes de distinto sexo, sentados uno junto al otro con sus brazos amorosamente entrelazados. A la primera vista se conocían dos recién casados. Eran Enrique y Soledad, que sólo hacían quince días que se habían unido al pie del altar.

—Pero, Soledad — le decía Enrique — ¿no has leído aún la carta que te ha escrito tu amiga Cecilia?

—No quiero. Perdería esos momentos que podría aprovechar oyéndote hablar.

—Léela, sin embargo.

—Léela tú, y de ese modo siempre oiré tu voz.

Enrique rompió el sello de la carta y leyó en alta voz lo que sigue:

“Mi querida Soledad:

Te felicito por tu reciente casamiento, y te deseo que seas tan feliz con tu Enrique como yo lo soy con mi Eduardo, quien me encarga que te exprese de su parte los votos que hace por tu felicidad.

Tu ahijado está cada día más hermoso y más travieso, y espero que dentro de nueve meses podre-

mos llamarnos con Eduardo padrinos de un hermoso muchacho.

Dile á tu esposo muchas cosas de mi parte, y recibe el corazón de tu amiga que te quiere.

Cecilia.''

—Todos son felices — dijo Soledad — y toda esta felicidad que siento en mí y que gozan todas las personas que amo, es obra tuya, mi querido Enrique.

Enrique le selló los labios con un beso, cuyo sonido se confundió por un momento con el rumor de las hojas y de la brisa.

FIN.



Genl. BARTOLOMÉ MITRE

En 1888

PÁGINAS

DE

HISTORIA AMERICANA

Páginas de Historia Americana

D. BARTOLOMÉ MITRE

A las puertas del desierto de Atacama y en las playas del ardiente mar del norte, que recibe las ingentes riquezas de las nampas y las sierras, ha venido á herirme, en mitad del corazón, como un rayo de las tormentas de las cordilleras, la dolorosa muerte del ilustre general é historiador D. Bartolomé Mitre.

Aquí, delante de las dos más grandes inmensidades de la naturaleza, que disputan su extensión inconmensurable al cielo, el océano y el desierto, he sido sobrecogido de dolor por la irreparable pérdida del esclarecido pensador argentino, que me había acostumbrado á admirar como una cúspide secular que no lograban abatir los rigores de la vida.

Allá, en las márgenes del Plata, en las selvas y en las llanuras de la gloriosa tierra argentina, habrá repercutido, como el eco quejumbroso del

trueno lejano, cuando estalla en llamaradas en el horizonte la borrasca, el grito desesperado del alma de su raza justamente consternada con su triste é inconsolable desaparecimiento.

Hasta nosotros ha llegado, en las soledades de estas regiones desoladas, cual el eco de un lamento que repercute de llano en llano, ese trémulo rumor de llanto que se escapa del pecho del pueblo argentino en esta hora de amargo y horrendo duelo.

La República Argentina experimenta la mayor de sus desgracias, pues el esclarecido general Mitre era la primera y la más excelsa de sus personalidades históricas é intelectuales.

Acaso los contemporáneos que tuvieron la dicha de conocerlo desde cerca no lo comprendieron lo bastante en su amor y en su grandeza moral para con su patria.

Pero, los que le admirábamos desde lejos, contemplando su labor á través de las distancias, medíamos la soberana excelsitud de su genio como se mide la altiva grandeza de las montañas coronadas de fuego, que alumbran los horizontes como faros de luz inextinguible.

Jamás en los siglos de existencia que cuenta la América toda, las generaciones del continente han experimentado pérdida mayor que la que acaba de sufrir la República Argentina con la muerte del general Mitre.

· Era más grande, más glorioso y más genial que

todos los libertadores y fundadores de nacionalidades de América.

Había organizado las instituciones fundamentales de la soberbia y expansiva nacionalidad del Plata, que se extiende en el seno del continente como una inmensa germinación de pueblos civilizados y laboriosos.

Su engrandecimiento y predominio continental lo debe la República Argentina al genio previsor y organizador del estadista general Mitre.

Su gobernante, su dictador, su legislador, su tribuno, su caudillo, su más egregio pensador en las asambleas, en el diarismo y en la historia, Mitre fué el hábil y celoso generador de todos sus progresos, de sus conquistas universales, de su prestigio en el mundo moderno, de su desarrollo imponderable.

No hay en este homenaje á su genio y á su patria un vano adulo, sino la expresión serena de la admiración que arranca un hombre representativo que tuvo en su alma y en su pensamiento todas las energías de la América y de su raza.

Si se estudia y analiza la actuación del general Mitre en su patria como gobernante en la dirección suprema del Estado, como parlamentarista en los congresos, como general victorioso de sus ejércitos, se encontrará en su vida y en su historia páginas que no tuvieron nunca Wáshington ni Bolívar, con haber sido libertadores de grandes naciones americanas.

Mitre ha sido la personalidad múltiple y proteana

del Plata y de la América, por el talento, por su labor, por su patriotismo, por su inmensa popularidad.

Refundía en sí todos los entusiasmos y los ideales de su pueblo, que tenía idolatría por él, porque encarnaba sus heroísmos y sus glorias.

Es estrecha esta página para encuadrar cualquiera de las épocas de su historia y las faces de su vida.

Sería menester los amplios horizontes de la epopeya para definir su grandeza moral y cívica.

Nosotros, los chilenos, le debemos noble afecto de fraternidad y de raza.

Amó á Chile como á su patria argentina.

Glorificó nuestros héroes en sus libros históricos y en sus cantos de poeta.

Fué iniciador de nuestras primeras reformas políticas como periodista, cuando vino proscripto por la tiranía que imperaba en su patria.

Desterrado recorrió un día estas mismas regiones que hoy puebla el trabajo y el comercio, cuando la industria encendió como faros los primeros hornos de fundición de minerales en estas costas, llevando en su mente el ideal de libertad para su patria y en su mano la pluma del diarista errante que debía tornarse pronto en la espada del guerrero victorioso en su suelo para rescatarlo de la opresión.

Sin hogar, sin patria, sin familia, encontró en Chile amigos, compañeros fraternales de su juventud y de sus infortunios, y los amores que supo inspirar

su talento arraigaron en su corazón con sentimientos tan profundos, que le hicieron amar á Chile tanto como á su propio suelo.

En días de conflictos internacionales, él conjuró los peligros de la guerra y enlazó con los vínculos generosos de la paz á estos dos pueblos hermanos que enalteció como historiador por sus sacrificios comunes de la independencia.

Mitre era un hijo adoptivo de Chile por su proscripción y por sus afectos.

Cuando el esclarecido presidente Balmaceda resolvió inmolarse por sus principios de gobernante en la Legación Argentina, confió al general Mitre su testamento político para que lo hiciese conocer de su patria y de la América desde las columnas del diario *La Nación*, de Buenos Aires.

Este depósito sagrado del estadista mártir demuestra el prestigio que el ilustre general Mitre disfrutaba en nuestro país.

La Nación, el diario célebre del general Mitre, ha sido el primer portavoz de la América del Sur, de toda idea de paz y de unión continental, de toda iniciativa de trabajo y de cultura americana, de toda labor laudable y humana, mientras vivió el inspirador que le diera vida y crédito con su noble dirección

El héroe del sitio de Montevideo, de la batalla de Ingaví en Bolivia, de Monte Caseros y del Paraguay, figurará con fulgores de gloria en sus anales cívicos y militares, pero será eternamente más glorioso y

grande el estadista organizador de la vasta y poderosa nacionalidad argentina.

Para los que amamos las letras y buscamos en ellas un ideal, veremos siempre en Mitre un maestro inmortal.

Historiador, novelista, poeta, orador, diarista, traductor, polemista, narrador incomparable, tiene el secreto poder de la seducción del genio tropical que fascina con los encantos de una lujosa naturaleza excepcional.

La “Historia de Belgrano” y de “San Martín”, la traducción del poema del Dante, sus melodiosas “Rimas”, sus “Arengas” atenienses, su romance “Soledad”, su narración épica del “Corsario la Argentina”, su episodio del “Negro Falucho”, sus análisis de las “Lenguas Indígenas Americanas”, son obras inapreciables de su labor y de su vida intelectual que harán imborrable su nombre en los anales del Plata y de la América.

Por nuestra parte, le somos deudores de constante gratitud, porque le debimos aprecio singular en nuestra difícil carrera literaria.

Más de una vez llegaron compatriotas nuestros á su hospitalario hogar y fueron acogidos con franco cariño como en el seno de su propia familia.

No es posible olvidar deudas de tan dulce reconocimiento.

En su tumba, revivirán muchas lágrimas sinceras y afectuosas las flores del recuerdo imperecedero.

Las nuestras, que nacen de lo íntimo del sentimiento de la admiración, caerán como gotas de rocío que lleva en sus alas el viento del desierto, sobre esas flores que perpetuarán su memoria.

PEDRO PABLO FIGUEROA.

Antofagasta, Enero 23 de 1906.
